

ANTONIO CASES

TANGER,
DIGNIDAD NACIONAL

Intervius con LABRA, ALBA,
OBISPO DE SIÓN, RODRIGUEZ
SAN PEDRO, CALBETÓN, BER-
GAMÍN, MELLA, VILLANUEVA,
CANALS, ROMANONES, BESA-
DA, SÁNCHEZ DE TOCA, CIER-
VA, GIMENO, ALLENDESALA-
ZAR, CARRACIDO, MAESTRE,
ARGENTE, LEMA, etc., etc.

327
CAS

OBSEQUIO DEL AUTOR

R. 21605



OBRAS DEL AUTOR

PEDAGOGIA.

LA CUESTION RELIGIOSA EN LAS CORTES DE
CADIZ.

LA «MISERICORDIA» DE VALENCIA.

LOS RIEGOS DEL ALTO ARAGON.

CULTURA E HIGIENE.

ARGRUNTE Y SU VISION DEL PROBLEMA SO-
CIAL.

EL RODAR DEL CANGILON.

MERCADO POLITICO.

MEDITACIONES POLITICAS.

EL PODER DE LOS HUMILDES (en colaboración).

LA OPINION PUBLICA ESPAÑOLA.

EL ESPEJO USTORIO.

POLITICA CRITICA.

COMO HA RESUELTO INGLATERRA SUS CON-
FLICTOS SOCIALES ULTIMOS.

EL SECRETO DE LOS DEMAS.

LA UNION ADUANERA CON AMERICA.

EL BRILLO DE LA ESPADA.

EN MEDIO DE LA PLAZUELA.

LOS AMANTES DE LA FAMA.

AUN ASI HAY PATRIA.

TANGER DIGNIDAD NACIONAL.

NOVELAS

A ZANCADAS EN LA SOMBRA,
MALVARROSA,
POR SER BUENA.

ANTONIO CASES

R
FA. 240

TANGER

DIGNIDAD NACIONAL

Opiniones de LABRA, Belaunde, Navarro Reverter, OBISPO DE SION, Ruiz Jiménez, Barroso, ALBA, Concas, RODRIGUEZ SAN PEDRO, Llorens, Santa-
maría de Paredes, Peñalver, Mazarrasa, Calbetón, BERGAMIN, Un nombre que ocultamos, MELLA, Rodezno, VILLANUEVA, Raboso, Canals, Benítez de Lugo, Conde y Luque, ROMANONES, Besada SANCHEZ DE TOCA, Vincenti, Gadea, CIERVA, Morote, Cantos, García Moreno, Castro Artacho, AMALIO GIMENO, Martín Rosales, Pilares, ALLEN-DESALAZAR, Vadillo, Urzaiz, Muga, García Pardo, Carracido, Conde de San Luis, Marqués de González, MAESTRE, Angel Guerra, Argente, MARQUES DE LEMA, Borbolla, Alcaraz, Barriobero, Junoy, ROYO VILLANOVA, Bivona...



1922



*A la alta autoridad científica de
D. Felipe Clemente de Diego.*

Ahora, en estos años de 1921 y 1922 cuando los incidentes en Tánger menudean sospechosamente, me decido a publicar las conversaciones que para el diario «Marte»—que tuvo una corta vida en Madrid—celebré con distintas personalidades españolas usando uno de tantos pseudónimos que llevo prodigados en el periodismo. El tema era «La españolización de Tánger» y entonces, año de 1915, los políticos, aún dentro de la discrección, hablaron un lenguaje que seguramente rechazarán hoy, antojándoseles ageno e imprudente.

No importa... El patriotismo exige en la actualidad, esta divulgación. Para los que, por exigencias políticas o de otro orden muestren un parecer extraño, la conversación publicada entonces—y no rectificada por ellos en parte alguna—tendrá el valor de una acusación. Para los que «piensan en voz alta» y de buena fe, la reproducción de sus manifestaciones será como el elogio al precursor y al orientador.

Ahi quedan sus opiniones y ojalá sirvan para orientar a la opinión española, bien necesitada de inspiraciones y enseñanzas.

El Sr. Labra.

Es pasmosa la cultura de este hombre y asombra la erudición que posee. Nos fué diciendo:

—Quiere usted que yo le hable de Tánger, y crea que en realidad no es este fácil empeño.

No crea usted que hablo únicamente de las dificultades que pudiéramos llamar políticas, no. Me refiero también a aquellas de orden general que precisamente son las que proporcionan peores consecuencias para el lector ignorante.

Antes de hablar de Tánger o de Marruecos, debiera saberse desde la constitución étnica, y la procedencia de las razas pobladoras de Marruecos hasta los usos y costumbres de sus gentes, en la actualidad; desde los detalles más fantásticos y curiosos de la historia del Mogreb, hasta los Tratados y Convenios que ligan al Imperio del Xerif a las naciones cultas, y especialmente a España; todo el glorioso rosario de las guerras de los soldados españoles con los moros de Africa, a par-

tir de la toma de Melilla por Estupiñan, en 1497; el protocolo de nuestros derechos sobre aquellas tierras; la afinidad de sangre entre los marroquíes y nosotros, y qué le diré, hasta debiérase conocer el nombre propio de cada una de las numerosas tribus berberiscas, y, que viven hoy en el reino de Fez, en el reino de Marrakesch, en Tafilete, en el Sus, en la cuenca del Nun, en la cuenca del Droía...

Pero lo cierto es—y disculpe usted la digresión—que para hablar yo a usted de Tánger, tengo antes que referirme al pasado. Es más, recordar el pasado equivale tanto como a concretarme exclusivamente a Tánger.

Yo entiendo que con la frase: «Nuestro porvenir está en Africa», hemos llamado tres veces, en cuarenta años a las naciones del mundo para que nos cerrasen el camino de ese porvenir...

En la Conferencia de Madrid se reincidió en el error funesto iniciado en 1865, pero a lo menos se hizo algo que pudiera favorecernos; en la Conferencia de Algeciras se agravó el daño, sin que las compensaciones apuntaran por parte alguna. Se ha dicho que en esa Conferencia ganó tanto Alemania como perdieron Francia y España, y esto, afirmase que lo prueban, por modo evidente, el texto de las resoluciones adoptadas después, y los hechos que ocurrieron a continuación de los sucesos de Casablanca.

Neutralizar el estrecho, abrir los mercados de Marruecos al comercio del mundo, *internacionalizar los*

derechos y particularizar los deberes es el desacierto más grande y más inexplicable que puede cometerse en política internacional, y yo estoy por suponer que si ese desacierto fué enorme por parte de Francia, lo fué más aun por parte de España.

Nuestra frontera africana está enclavada en un territorio donde no existe poder regular alguno; en una región en la cual, según la gráfica frase de los ingleses, el Sultán de Marruecos tiene soberanía, pero no dominio. De suerte que, cuanto respecto a aquellas cabilas se trate, convenga y pacte con el Sultán, es escribir sobre el agua.

La más rudimentaria prudencia aconsejaba que pidiéramos en Algeciras el reconocimiento de nuestros derechos, y declináramos, a fuer de modestos, el ruinoso honor de ser delegados del mundo para mantener el orden en el Imperio mogrebino.

En fin, ya son conocidas mis ideas, y no voy a repetir las ahora.

Calló un momento el Sr. Labra, para proseguir después:

—Las mentiras parlamentarias son siempre funestas; está comprobado. Se habla de Argelia... la conquista de Argelia costó setenta años de lucha y arrebató miles de millones a la vitalidad de la nación vecina. Rusia tardó medio siglo en dominar el Cáucaso. ¡Y qué decir de nuestra guerra de 1893, de nuestra guerra de 1909, de nuestra guerra actual!

Monsieur Delcassé, a nombre de su país, firmó con nosotros un Tratado en 1904, por el cual se le reconocían a España dos zonas de influencia: una al Norte y otra al Sur. Redujimos, pues, nuestros derechos. Aun no surgido el incidente del Panther, unos ingenieros franceses proyectaron (esto fué en 1909) el famoso ferrocarril Tánger-Alcázar Fez, al través de nuestra región del Yebala. Nosotros no contestamos; esa línea férrea constituye el camino estratégico militar tendido desde Africa contra la península y amenaza ahogar a Tetuán y a Ceuta.

Luego lo de Agadir; Francia dice a continuación que ha levantado la hipoteca alemana que pesaba sobre Marruecos.

¿No constituyen esto lecciones y enseñanzas que conviene no olvidar?

Yo por mi parte le digo que con lo de Tánger debemos de proceder con cautela; no tenemos que granjearnos enemistad alguna; menos todavía la de Francia y la de Inglaterra. Y juzgo que sobre todas las cosas está el interés de la Patria, y ésta exige que antes de proceder se hagan muchos números en Hacienda, no se demuestre impaciencia en Guerra por desenvainar la espada y dejar que Estado se ponga en pie y dirija a los demás que, a ser posible, prosigan sentados...

El Sr. Labra había concluído.

El Obispo de Slón

Cuando penetramos en la casa, una suave, una comfortable sensación nos va lentamente rodeando.

Nuestros nervios, que momentos antes amenazaban saltar impetuosos, están dismuyendo poco a poco su aceleración y su marcha vertiginosa. El apacible y quieto retiro en que nos hallamos reanima nuestro espíritu, e insensiblemente notamos cómo nuestro pecho respira con mayor regularidad, cómo nuestros miembros adquieren elasticidad y vigor y cómo nuestros ojos parpadean menos y retienen más fielmente las imágenes.

De igual manera que recordamos un pasado muy lejano, creemos percibir el rodar de los carruajes que rebotan sobre los guijarros, los gritos estridentes y agudos de los vendedores ambulantes, el continuo ir y venir, febril y agitado, de gentes que marchan presurosas y alocadas. ¡La paz del espíritu!...

Nos sentimos renacer. Quisimos dormitar un instan-

te, abandonarnos por un momento entre esas misteriosas y calladas sombras que nos van envolviendo. Creímos que el crepúsculo anticipó su aparición. Este silencio que llega hasta nosotros en ondas suaves y fragantes, parece un silencio de la noche, y él es, para nosotros, sugeridor y evocador de épocas remotas, traídas, al parecer, por impulsos milenarios. La vaguedad y la abstracción van derramando sobre nuestros espíritus ensoñadores, que también conocen las dulzuras de los arrobamientos místicos, visiones de hondo encanto y de infinita complacencia.

Aspiramos el perfume de la casa; no llega a nuestro olfato la sensación del almizcle, del benjuí, de la mirra, del incienso, de ninguno de esos perfumes que Salomón cantó. Huele a limpieza, a una limpieza campesina, de ermita.

* * *

Dícese que Pío IX fué un afirmativo; que en su carácter había energías y fortalezas indomables; que su espíritu poseía un aspecto de lo absoluto, en el sentido de la bondad o en el sentido de la videncia. Dícese que León XIII fué, a su vez, un comprensivo; que sabía darse cuenta de las cosas; que encontraba para cada problema, en su espíritu lleno de fe, en cuanto a las ideas fundamentales del catolicismo, una solución mundana. Recordamos su rostro, que pudimos con-

templar en las estampas, adornado con una eterna sonrisa; recordamos sus labios, en un fruncimiento irónico, ahilados y finos, de los que se dijo que hacían pensar en la sonrisa de un Voltaire convertido. Luego esa figura humilde, fragante de santidad y de modestia, como una florecita, del *poveretto*, del bueno, del ingenuo cardenal Sarto, que quiso ser cura de aldea y llegó a Pontífice, que prefirió ser un buen pastor de almas a ser el elegido, desvaneciéndose siempre, huyendo de la pompa que impuso la tradición...

Estamos contemplando el retrato del obispo. ¡Y cómo nos dimos a pensar en las figuras augustas de esos Papas! ¿Qué analogías, qué semejanzas habrán encontrado nuestros recuerdos?

El obispo de Sión nos tiende su mano. Está frente a nosotros.

El prólogo que hubimos de hacer fué extenso y prolijo. Antes de dar tiempo a una negativa, queríamos ofrecer la sensación de la legitimidad de nuestro anhelo.

Pero la negativa brotó rotunda; después fué recubriéndose de galanuras y cortesías. Continuaba el fracaso en pie.

Nuestros ruegos vencieron los últimos razonamientos. Lo que no pudo la inteligencia lo consiguió el corazón. ¡La eficacia de la bondad habíase mostrado, como siempre, ilimitada!

—Soy pesimista, no lo puedo negar.

Los tiempos presentes, de guerra, de lucha, de ten-

sión, están conmoviendo el mundo, están desgarrándolo.

El amanecer tiene que ser sangriento, ha de ser trágico.

Este choque, esta lucha dará su fruto, tendrá su parto y, como todo parto, traerá un varón o una hembra. Si es varón, él establecerá el orden social; si es hembra, traerá ella la revolución social.

A los ojos del obispo, ojos brillantes, menudos y febriles, asoman unas lágrimas. Su espíritu, inundado de tristezas y amargos presentimientos, batalla por manifestarse. Pero el obispo clava en nosotros su mirada viva y penetrante; frota sus manos, marfileñas y menudas, por su rostro rasurado y moreno: y calla, inquieto. Esbelto en su ajustado traje, ceñido el cuello por alto corbatín, se agita en el sofá.

Nosotros estamos simpatizando con él y no nos atrevemos ya a enojarle con nuestra insistencia.

El obispo de Sión continúa después hablando, y desarrolla ante nosotros, absortos y admirados, un curso de escatología social, el pensador que ha nutrido el intelecto con muchas lecturas y aun con mayores meditaciones, el hombre que ha estudiado la historia de una manera inteligente. Ideas teñidas de excelsas claridades...

—Soy anarquista dentro del orden—prosigue—. Por eso no puedo mostrarme conforme con lo que se está haciendo.

En política exterior todo lo que nos ocurre es fruto de la negligencia más antipatriótica.

No nos dejan hacer lo que queremos y lo que debemos hacer en Marruecos.

¿Hay un Tratado secreto que nos ata y nos impide el movernos a nuestro antojo? ¡Ah!...

Yo creo...

Ruiz Jiménez.

El ilustre ex ministro liberal es uno de los hombres que mayores simpatías ha sabido granjearse. Todo él irradia confianza y nobleza.

Su mentalidad quedó probada al frente del ministerio de Instrucción pública. Su parlamentarismo ha sido suficientemente realzado en los diferentes debates que reclamaron su intervención y en los cuales demostró ser un orador elegante y ameno, de palabra flúida y fácil.

Interrogado por nosotros acerca del tema que nos viene ocupando hace unos días, el Sr. Ruiz Jiménez nos manifestó:

—Tengo que ser circunspecto. Forzosamente. Me veo a ello obligado por la falta de datos necesarios.

Nuestro Jefe, el conde de Romanones, ya ha hecho notar diferentes veces—él, que es amigo de la política franca y clara—los verdaderos peligros que entraña el silencio que reina siempre sobre los asuntos de Ma-

rruecos y los supuestos y noticias que corren sin precisa, autorizada y definitiva rectificación.

Se ha hablado de Francia. Debemos, todos los que conocemos un poco la vida de la nación vecina, deferencias y simpatías al país contiguo, Hay distintos motivos para esto.

Muchos nos hemos educado con sus libros y con sus maestros, y tenemos relaciones de gratitud con sus Corporaciones; sabemos la influencia que ha tenido en la vida y desarrollo de nuestro país. Pero por eso mismo hemos de hablar más claro.

Hay una pequeña corriente hoy en España muy poco favorable a las actitudes de Francia. ¿Por qué? Porque corren todas las ideas, todos los rumores a que he aludido antes, y cuya rectificación y aclaración se impone.

Idénticamente ocurre con Inglaterra. Lo digo con toda sinceridad. Yo creo, por lo tanto, que convendría fijar algunos puntos, porque soy también muy partidario de resolver todas estas cuestiones en un sentido de profunda armonía, y no he de ocultar que yo sé también que hay una preocupación—pequeña, porque las circunstancias llevan la atención por otros sitios—en algunos círculos franceses e ingleses respecto del temor de rozamientos y conflictos con España, tomando por pretexto la cuestión de Tánger, en los que no falta quien crea que pesan influencias extrañas a nuestro propio y personal interés; pero que esperan

ventajas de las dificultades que podamos crear a ambos países en la política que siguen ahora.

Mi opinión es que debemos resolver lo de Tánger con el asentimiento, hasta con la ayuda de Inglaterra.

Soy partidario de los aliados y abogo porque nuestra política exterior siga orientándose como hasta la fecha.

Pero entiendo que debemos proceder con más claridad. Distráido en medio de la acción puramente diplomática, bajo la sujeción del Protocolo, sin contar con la opinión pública, a mi juicio, no saldrá adelante ningún Gobierno. Tendremos siempre, de este modo, una oposición resistente del país, y nosotros debemos procurar que el Gobierno—cualquiera que sea—marche en esta empresa con propia idea, con una orientación fija y con la adhesión entusiasta y nacional. Y esta atención y devoción de la generalidad de los españoles no puede conseguirse mientras el país no sepa de alguna manera los compromisos de los Gobiernos y el fin definitivo de las empresas internacionales.

Por otra parte, tengo convicción muy fortificada en punto a que la penetración pacífica y un absoluto desinterés político-religioso, son de necesidad absoluta en nuestra obra del Norte de Africa. Y también creo indispensable y urgente la reforma económica y arancelaria de nuestra península, en sus aplicaciones a nuestras posesiones africanas, y dar un carácter eminentemente civil y expansivo a la vida interior, jurídica y

económica de Ceuta y Melilla, sin menoscabo del valor y el carácter de ambas plazas militares.

De nada nos serviría una reiteración, con lo de Tánger, que tuviese asomos de rompimiento. Sin una acción conjunta de Inglaterra, Francia y España, nosotros no llegaremos nunca a tomar esa plaza.

Todos esos rumores que circulan de que Alemania nos devolverá Gibraltar, creo que sólo hay que escucharlos para distraer el ocio. No de otra manera. Lógicamente está descartada toda otra actitud.

Tánger será españolizado; no le quepa duda. Y puede que pronto.

Ahora, que tenemos que proseguir en nuestra política de circunspección y simpatía hacia las dos naciones que nos prestan ayuda en nuestra obra protectora de Marruecos.

Y el Sr. Ruiz Jiménez nos dió unos cuantos golpecitos en la espalda, y expresó que terminaba la entrevista.

Barroso.

—Central... Central... ¡Oiga Central!...

Lo de siempre: la Central no contesta, no tiene prisa en contestar.

—Central... ¡Gracias a Dios! Póngame con el 2.563.

Larga espera. Esta nos obliga a pensar en algo, y damos en recordar la autoridad y los prestigios que rodean al ilustre ex ministro Sr. Barroso, con el que hemos pedido comunicación. Pensamos también que el Sr. Barroso es posible que acierte a darnos nuevas ideas y nuevas orientaciones que aporten su gran cultura y su poderoso intelecto.

—Diga al Sr. Barroso que nos fije día y hora, porque deseamos hablar con él.

—Está en el aparato.

—¡Ah! ¿Es usted D. Antonio? Pues mire, queremos...

—¿Usted tiene algo que hacer ahora?

—Estoy a sus órdenes.

—Entonces hablemos un ratito. ¿No le parece?...

—...

—¿Conque usted quiere saber mi opinión sobre lo de Tánger?

Escuche: Yo creo que el optimismo es el camino derecho en la acción marroquí de España.

Esto, a manera de prólogo ¿eh? Luego he de decirle que para España la política marroquí en el litoral del Estrecho, debe resumirse en este lema: «O pasamos nosotros, o no pasa nadie».

Debemos tener en el Norte de Africa una zona española que se extienda desde el Muluya al Atlántico, limitada en la costa por las aguas del Sebú; una extensión general como la región andaluza, sin más interrupciones que la costa en el camino del mar.

No tenemos que hablar de Tetuán, porque la ciudad y la vega del río Martín están pagadas con la sangre del 60, y compradas con la indemnización que se pactó en el Tratado de Madrid.

Necesitamos las salidas del Gart y de Uazzan al Atlántico, con los productos y el comercio de la cuenca del Luccus. Ya sabemos que la línea Alcázar Larache es la llave del camino entre el Estrecho y la capital del Imperio, sujeto a protectorado. Precisamente por eso necesitamos quedarnos con ellas. ¿Me escucha usted, verdad?

—Sí, D. Antonio; muy complacido.

—Entre Tánger neutral y Fez francés, el camino,

el ferrocarril y su vigilancia tienen que ser españoles. No queremos, no debemos querer que la salida al Océano se nos corte en los campos de Ceuta ni en las marañas internacionales de las cercanías de Tánger. Ha de ser español todo el Norte marroquí.

Si alguna vez se nos habla de neutralizar la zona de Alcázar, debemos replicar exigiendo una rectificación de frontera en el Muluya. Para que España se repliegue de Alcázar y sea neutral el fondeadero de Larache, la Argelia ha de replegarse del Muluya a sus antiguas fronteras, y tender el campo español hasta las paredes de Nemours.

—...

—No, Central, no he terminado. Haga usted el favor de seguir, Sr. Barroso.

—No escarmentamos nunca, ¿sabe usted? Los célebres bombardeos de Mogador y Tánger, que determinaron el *ultimátum* de Palsnorston, debieron habernos abierto los ojos para seguir en Marruecos la política de ir solos o con cualquier nación menos con la que hemos ido marchando hasta ahora. Hubiera sido mejor el haber convertido nuestras plazas fuertes de Ceuta, Melilla, Chafarinas, etc., en centros de cultura hispano-arábica, con lo cual hubiéramos continuado una tradición y logrado civilizar a Marruecos.

Cecil Rhodes, inspirador de la intervención belicosa británica en el Sur de Africa, condensó el concepto de su política imperial en la afirmación «The Empire is

nothin but Trade»; esto es, la dominación colonial o extraterritorial, no es si no tráfico, comercio, conquista de mercados. A esto debiéramos nosotros ir.

Yo estoy convencido de que en Marruecos no tenemos plan verdadero y definitivo, sino incertidumbres y vaguedades; ni tenemos un amplio proyecto de colonización, sino sólo un mísero enjambre de cantineros, como si éstos constituyesen toda la base en que ha de asentarse el engrandecimiento y riqueza de nuestros intereses; derrochamos el dinero porque sí, sin fines prácticos...

Con lo de Tánger, debemos hacer hincapié hasta conseguir esa españolización.

Además...

—Central... Oiga, Central... ¿Por qué me ha quitado la comunicación?

—...

—Sí, póngala de nuevo.

—¿Qué no contestan? Llame otra vez, se lo ruego.

—...

—¿No contestan tampoco?

Don Santiago Alba.

En realidad, D. Santiago Alba no nos dijo nada que pudiera comprometerle y obligarle a rectificaciones. Y, sin embargo, nosotros empezamos por llamar la atención al lector de todo cuanto este ilustre ex ministro nos fué comunicando.

¿Por qué?

El Sr. Alba es una de las primeras figuras del partido liberal; es uno de los más sólidos y justos prestigios del Parlamento y, sobre todo, el Sr. Alba está, según se dice, llamado a regir en un tiempo no muy lejano la política española.

Por eso la importancia que damos a sus frases.

Nos dijo:

—¿Tánger? Es un problema acerca del cual no conviene hablar mucho. Ya Romanones concretó, bien claramente, los puntos a qué debemos atenernos.

Pero—como un inciso—conviene, ahora que se habla de aliados y de germanófilos, referirse al acuerdo

francoalemán. Desde luego, con textos como éste, y el Sr. Alba acerca hacia nosotros un libro pequeño y elegante.

Aquí se detalla una de las sesiones celebradas por entonces en el Reichstag. El ministro de Negocios Extranjeros informó sobre ese Convenio, declarando que en las Notas que con motivo del mismo se cambiaron entre él y el embajador de Francia, quedó acordado que si quisiera algún día Alemania adquirir la Guinea española y las islas de Corisco y Elebey, Francia haría renuncia del derecho de preferencia y prioridad que para la eventual adquisición de dichos territorios le concedió España en 27 de junio de 1900, comprometiéndose a cambio de ello Alemania a permanecer ajena a los Convenios particulares que con respecto a Marruecos pudieran concertar los Gobiernos de París y Madrid.

Contestando el ministro a una pregunta, manifestó que por Marruecos se entiende la parte Norte de Africa que queda enclavada entre el Mediterráneo, Argelia, Africa oriental francesa, Río de Oro y el Atlántico.

Río de Oro—añadió el ministro—queda por su parte enclavado en las posesiones alemanas, y cabe recordar que Alemania consiguió, años ha, de España, el derecho de preferencia para la eventual adquisición de Fernando Póo.

El ministro desmintió después que durante los últimos Tratados francoalemanes hubieran de hablar los negociadores de si estaría o no dispuesta España a ce-

der territorios a Alemania. Asimismo desmintió el que hubiesen existido negociaciones sobre el particular entre los Gabinetes de Berlín y Madrid.

Interrogado, luego, el ministro acerca del entonces proyectado ferrocarril de Tánger a Fez, hubo de declarar que, con arreglo a la promesa de Francia, se constituiría antes que el de Casablanca a Fez, porque de tenderse éste primero que aquél, tendría pocas probabilidades de feliz éxito la construcción del que habría de unir las dos capitales del imperio.

Aseguróse, más tarde, que las conversaciones entre monsieur Cambon y Kinderlen Waechter, revelaron la buena voluntad recíproca y la intención decidida de *resolver de una vez para siempre la cuestión de Marruecos*. ¿Se notó en la diplomacia alemana, antes de estos acuerdos, un elemento de *chicanery*? Asquith, según aseguró el *Daily Mail*, de aquellos días, exhortó a Alemania a la paz y a la tolerancia. Y el *The Daily Graphic*, órgano conservador, expresaba que si las negociaciones no conducían a un acuerdo, la diferencia consistiría en unas cuantas millas de territorio africano, cuyo valor es puramente cartográfico.

Y añadía que desencadenar una guerra europea por una diferencia tan pequeña, sería el más abominable de los crímenes.

Lo cierto es que el historiador del porvenir alabará la actitud de Francia durante esas críticas negociaciones; el Gobierno y el pueblo francés resistieron toda

clase de tentaciones chauvinistas, y es más cierto, todavía, que de esas negociaciones surgen enseñanzas para España que debe ésta aprovechar en lo que respecta a Tánger.

El Sr. Alba, el fógoso y elocuente orador, el político que en sus mocedades acertó a llevar tras sí a multitudes sentimentales y a intelectuales y frívolos hombres de ciencia, mostrábanos ahora la unanimidad de su carácter, la energía de su voluntad, que no conseguíamos vencer, la finura y cortesía de su trato, que no lograba romper nuestras insistencias y reiteraciones.

—Debemos—agregó—hacer los esfuerzos necesarios para no caminar a ciegas, porque entonces será posible el tropezón, y tras él la caída.

¡Qué de prudencia, qué de tacto no dejaron de desplegar aquellos que intervinieron en el Acta algecirense: Radowitz, Revoil, Wite, Nicolson, Almodóvar, Pérez Caballero, Welserheimb, Cassini, Visconti Venosto!... ¡Qué de discreción y de mesura no hubo de desarrollar cuando la confección del Tratado el marqués de Alhucemas, que en un solo mes de lucha diplomática ganó para España derechos en Marruecos, que no suponíamos conseguir tan pronto!

Tánger se impone como problema para nosotros. Es indudable. Pero recordemos el pasado, recordemos nuestros gestos de patriotas meridionales que nos hicieron creer que toda Francia era ambición colonista y exclusivismo de mercaderes, y que obligaron a que

los franceses pensaran que toda España era ruido vano y pura aspiración vocinglera, sin seguridad y firmeza. La nación vecina reconoció bien pronto el error; nosotros reconocimos también claramente que, aun en las rectilíneas y duras diplomacias de la sección africana de Quai d'Orsay, se imponen las obligaciones de hombres cultos y modernos.

—¿Es ese su sentir?—le preguntamos.

Y el Sr. Alba responde:

—La opinión pública, desoyendo el vocerío interesado, debe escuchar sólo la palabra serena de los espíritus conciliadores.

Rodríguez San Pedro.

El juicio del Sr. Rodríguez San Pedro ansiábamos conocerlo para trasmitirlo al público. Alejado hoy, muy circunstancialmente, el ilustre exministro conservador de la política activa, pensamos que su opinión habría de ser tanto más importante cuanto que era en absoluto desinteresada y exenta de pasión.

Además, como el Sr. Rodríguez San Pedro acostumbra a dar a sus palabras un severo sentido de estudio y examen, que le hace fundamentar todas sus afirmaciones y razonar todas sus críticas, nos dispusimos a escucharle, esforzándonos por retener en nuestra memoria todas aquellas frases suyas que encerrasen determinada importancia.

El lector no ignora que el Sr. Rodríguez San Pedro fué ministro de Estado el año 1904, fecha en que se firmó el Tratado que tanta trascendencia ha tenido para el desarrollo de nuestra política exterior.

Empezó así el eminente jurisconsulto:

—El 5 de octubre de 1904 firmé yo aquel Tratado, del que tanto se está hablando hoy, y en él se delimitaban las zonas de influencia de Francia y España.

Tánger estaba comprendido en la zona de influencia que nos quedó asignada. No había otra limitación que aquella que decía que la ciudad de Tánger, por los elementos de que se componía, habría de recibir una organización especial municipal y de policía sanitaria, creada, naturalmente, por España, en cuya zona quedaba desde luego, como digo, comprendido Tánger.

Las palabras del Sr. Rodríguez San Pedro iban adquiriendo para nosotros cierta sonoridad. Su prestigio y su renombre iban agrandándolas a medida que eran pronunciadas.

—Después, sin que tenga explicación alguna que se armonice con los intereses de España, sin haber introducido modificación en aquel Tratado, se admitió que procedía compartiese la función de policía en general, con Francia, y en esta situación se celebró la Conferencia de Algeciras.

En esta Conferencia se señaló, se hizo la enumeración de los puertos cuya policía quedaba encomendada a Francia y a España, según las delimitaciones hechas para las zonas de influencia.

Se mantuvo entonces en Tánger esa situación mixta en que de mero hecho se encontraba.

El Sr. Rodríguez prosigue hablando lenta y reposadamente. Nosotros no osamos interrumpirle.

—Así las cosas, vienen las modificaciones de aquel Tratado exigidas por Francia. Esta nación decía que todo ello es resultado de los arreglos a que había llegado con Alemania.

España, desgraciadamente, admitió esas modificaciones, siendo una de ellas la relativa a Tánger, cuya situación se agravó considerablemente para España.

Los lunares, las deficiencias, las resultantes, bien se están viendo en toda nuestra actuación con respecto al Norte de Marruecos.

De estos solos recuerdos—agregó—se desprende fácilmente mi opinión en este importantísimo extremo de Tánger. Esa opinión es la de procurar con todo empeño que se restableciese la situación nuestra que teníamos para Tánger, y que se restableciese también la ampliación territorial que se ha atribuído a la condición que se le había señalado en 1904.

Tánger dícese que es un campo neutral; pero resulta un foco de contrabando. ¿Lo ven esto los Gobiernos? Yo creo que sí.

Es indispensable el que tengamos nosotros la llave a fin de poder abrir la puerta, porque representa un continuo disgusto para España no dominar, real y efectivamente, en la frontera de Argelia, en el Sur de Marruecos, en la frontera de Tánger.

Así, todo ello está agravando considerablemente el problema territorial militar español. Y esto no es más que la consecuencia del error cometido.

Teníamos un Tratado que nos era favorable. ¿A qué cambiarlo? Sólo vino esa modificación a empeorar las cosas.

Si estuviésemos en la actualidad como estábamos antes de 1904, la mitad de los hombres que tenemos en Africa ya habrían regresado, digo más, no hubiesen salido de la península.

Los cargos y las acusaciones proseguían marcándose con férreos caracteres. El Sr. Rodríguez San Pedro, con sencillez de patriarca, iba diciendo:

—No se siguió a la letra el Tratado de 1904, y en lugar de fijar nosotros nuestra residencia en Tánger, aún tuvimos valor para regalar un trozo de terreno. Esto es lo mismo, exactamente igual, que si los ingleses, por medio de un Tratado, se vieran obligados a devolvernos Gibraltar, y luego, no sólo nos negasen esa concesión, sino que viniesen, para postre, a quedarse con Algeciras.

Pues fíjase usted en eso, y tendrá un caso parecido, muy parecido, al de Tánger.

De suerte que nosotros hemos perdido nuestra influencia y eso, cuando se estaba firmando el Tratado, no se hubiese podido creer ni lo hubiese pensado el más atrevido o el más previsor,

Ahí he señalado el clavo de todo lo demás.

Este asunto de Tánger no puede ser un problema indefinido; eso de estar constantemente en equilibrio es lesivo para los intereses económicos de España.

Lo creo, y por eso firmé el Tratado, que teniendo nosotros las dos líneas del estrecho, salvo Gibraltar, quedaba asegurado nuestro porvenir en Marruecos.

Todo lo que sea perder algo de lo que queda indicado constituye una desventaja, porque nosotros teníamos que ser, y por ello fuimos a las Conferencias, un garantía de esa libertad, mientras que, perdido Tánger, esa zona viene a ser para nosotros un nido de dificultades.

No podemos admitir que lo que teníamos continúe como arrebatado. Tánger es nuestro. Y Tánger es una cuestión de dignidad nacional.

.....
El Sr. Rodríguez San Pedro había terminado. Y terminó como hubo de empezar, friamente, reposadamente.

Calbetón.

Vamos atravesando habitaciones que rodean profundas librerías, Nos detenemos en amplio salón que circundan libros y montones de legajos. Estamos recibiendo una impresión semejante a la que experimentamos cuando recorremos alguna biblioteca pública.

No tenemos tiempo de observar. El Sr. Calbetón ha llegado sonriente, efusivo, amable.

—¿Quién hace caso ya de mi opinión?—va pretextando.

Además, voy a distanciarme mucho de todo cuanto se viene afirmando.

Tengo un criterio propio respecto a este problema de Marruecos, y no lo altero de ningún modo. No lo desvirtúo ahora, ni lo desvirtué cuando formé parte del Gobierno.

Con estas frases desapareció nuestro temor. Habíamos supuesto que el Sr. Calbetón revestiría sus palabras de misterio y se negaría a hablar. Formóse nuestra sospecha al recordar que este político laborioso fué

embajador en Roma durante la última etapa liberal. Por lo que llevábamos oído, el contagio no se había establecido, para dicha nuestra.

—Este problema—prosigue—tiene más trascendencia de la que muchos creen.

—...

—No, no aludo al Gobierno actual. ¿Qué importa que sea Pedro o Juan, éste o aquél? Lo cierto es que Marruecos está siendo de quien sea, menos español

Debe desaparecer de Tánger esa internacionalización, a fin de que podamos obrar libremente.

Habla con brío y precipitando uno tras otro los párrafos y las oraciones.

—Yo veo solamente para nuestro plan en Marruecos dos portillos: Melilla, puerto puramente civil y mercantil. Comercio, carreteras, instrucción pública.

Esto ya lo propuse cuando fui ministro de Fomento en el Gabinete Canalejas. Ese Gobierno aprobó el plan por mí presentado, y después de leerlo en el Consejo de ministros y firmarlo S. M..., nadie volvió a acordarse de aquel proyecto.

Calla un instante, dolorido, amargado. Continúa:

—También estudiamos, por entonces, que toda aquella zona constituye un centro de fomento.

—¿El otro portillo?

—Crear zona militar, una zona militar que se bastara a sí misma. Larache puede ser el centro pacificador, y Ceuta, el militar.

De los procedimientos para civilizar allí: Yo creo que a los marroquíes no se logra europeizarlos más que *a fuerza de muchos golpes*.

Recogemos la frase y subrayamos las últimas palabras. Después le decimos:

—Y Tánger, ¿qué papel juega?

—¡Ah! Tánger tiene que ser el lazo de unión y salvaguardia de una y otra zona.

Le advierto—añade—que yo soy enemigo de que se estén llevando a Marruecos empleados españoles. Jueces, policía... cumplirán muy bien, yo no lo dudo. Harán regir exactamente nuestras leyes, procurarán asimilarles nuestra cultura, nuestras costumbres... Es realmente todo un programa, pero yo le juzgo un desatino, y un desatino muy grande.

No es esa la forma de españolizar un pueblo que tiene ya sus leyes. Debemos atraérmolos, claro está, pero a base siempre de lo que ellos posean.

El Sr. Caibetón va diciendo cosas interesantes:

—España no tiene ideal allí. Nosotros nos propusimos llevar adelante nuestra empresa e íbamos por buen camino. ¡Hasta queríamos valernos de las judías para aumentar nuestra influencia!

Soy de parecer que para conseguir el anhelo de españolizar a Tánger, el procedimiento que ha de seguirse tiene que cambiar totalmente.

Debemos hacer que los que vayan en concepto de maestros, sepan bien el árabe, y deben de haber esta-

do sometidos antes a pruebas de moralidad durante algún tiempo.

Marruecos es muy rico, exclama. Melilla, por ejemplo, posee sus minas.

Advierte en nosotros una curiosidad que va a surgir y se apresura a manifestar:

—No sé de quién son.

En Agricultura, probado está que pocos terrenos existen mejores.

Por lo que se refiere a nuestra acción militar en Marruecos, no hemos hecho nada allí.

—¿Cómo?—interrumpimos escandalizados.

—Sí, sí. Los marroquíes no nos tienen miedo. No sé por qué estamos gastando allí tantos millones.

Pero le hago saber a usted que los militares son los primeros que están disgustadísimos. Van viendo que su acción en Marruecos es infructuosa por las trabas que parten de Madrid.

Están allí detenidos, sin seguir el curso de su carrera...

Un criado, inoportuno como todos los criados, anuncia que la mesa está dispuesta.

Y nosotros nos marchamos, no sin pensar que debimos haber apreciado un poco menos la oratoria del señor Calbetón, para ceñirnos un poco más al principal objeto de nuestra visita.

Un nombre que ocultamos (1).

No es ningún misterio. Un general prestigiosísimo de la Armada, hombre conocedor al detalle del problema de Marruecos, acaba de hacernos unas interesantes afirmaciones.

Nos solicitó, en cambio, que sus palabras no apareciesen como dichas por él, y nosotros hemos accedido recordando que, por relatar fiel y exactamente aquello que se nos lleva dicho para estas *interviews*, hemos sido tachados de indiscretos y de sobrado parciales.

Y conociendo, desde luego, la importancia de sus frases, comenzó así el general ilustre:

(1) Esta interviú dió origen a un revuelo periodístico, porque al día siguiente de publicada realizáronse officiosas averiguaciones para conocer el nombre que se ocultaba con tanto interés. Provinieron los comentarios del rumor, que se daba como cierto, de haber acertado el supuesto general a recoger la opinión de una altísima personalidad española. Y tomó cuerpo al ser citados y recibidos en un Palacio varios de los generales, entre los que se creía habría de hallarse al interviuvado.

—¿Pero hablamos ahora de Tánger? ¿Quieren ustedes que yo le dé mi opinión? Hagamos memoria. Mencionar algunos hechos, será centrarnos en el punto que conviene para afianzar nuestra actitud.

¡El Acta de Algeciras! No está incólume, no ha sido nunca respetada. Lo que se ha estado haciendo en el Oeste y en el Este de Marruecos contradice en un todo lo que ese Convenio sanciona.

El acta de Algeciras contiene en su conjunto cuatro afirmaciones superiores: En primer término, está la afirmación que figura a su cabeza y determina el fin de la conferencia que produjo el acta. Aquella conferencia se realizó para asegurar la soberanía e independencia del Sultán, la integridad de sus Estados y la libertad económica, sin ninguna desigualdad en Marruecos.

¿Se ha llegado a esto? ¡Ojalá!

Después vienen determinaciones muy concretas sobre la manera con que España y Francia han de intervenir en la constitución de la policía marroquí; la reserva a España, lo mismo que a Francia, de la policía de los alrededores de su territorio, en lo relativo al contrabando de armas. ¿Y no cree usted—nos preguntó—que Francia se ha excedido en el cumplimiento de esta disposición?

Callamos nosotros, y el almirante prosigue:

—El artículo final, el 123, da vigencia a todos los Tratados celebrados por España o las demás potencias

signatarias del acta, con el imperio de Marruecos, en cuanto no contradigan lo resuelto en Algeciras. De modo que quedan por ese mismo artículo completamente vivos todos nuestros Tratados anteriores, o sea el Tratado de 1767, el de 1799, el de 1860, que puso término a nuestra guerra con el Sultán africano, el de 1862 de Melilla que amplió y detalló el anterior, y la Conferencia de Madrid de 1880.

Pero sin saber cómo ni por qué se habla de pronto de una *colaboración especial* con Francia. ¿Dónde está eso? ¿De dónde ha salido eso?, me he preguntado muchas veces. Y ha habido quien me ha contestado que esta *colaboración especial* surgió ante el temor de España, que consideró su situación altamente comprometida y su misión muy superior a sus medios y sin relación de ningún género con los éxitos que podría obtener.

¿Y usted cree que si hubiésemos estado solos no hubiésemos cumplido en todas sus partes nuestro protectorado? De haber tenido un *Libro Rojo* que especificase estos puntos, no habría llegado a esta confusión de ahora.

Pero es que hay algo peor. Se ha estado hablando de Tratados secretos entre España y Francia. Todos los periódicos políticos de Inglaterra, de Alemania y de Francia mencionan un Tratado secreto anterior al Acta de Algeciras y posterior a los Tratados con Francia e Inglaterra, de 1904. ¡Y nosotros no sabemos nada!

¿Recuerda usted los debates sostenidos en Francia con motivo de la ley de Minas que se preparaba en París para Marruecos (no sé bien en qué armonía estaban con las decantadas independencia y soberanía del Magreb) y que demostraron que Francia y Alemania estaban de acuerdo, mientras España e Inglaterra tenían criterio distinto? Es curioso el repasar las incidencias de ese debate.

El general de la blanca barba y de los ojos grises, calló un momento, para luego continuar infatigable:

—El último Tratado que hemos celebrado, mutiló considerablemente los estados de derecho que nos fueron asegurados por los Convenios de 1904 y el Acta de Algeciras. Nos obligó ese Tratado a que en política internacional tomásemos a Francia como eje de nuestros movimientos.

Pero, ¡qué quiere usted! Un presidente del Consejo de ministros español llegó a decir, no hace mucho, que el Gobierno de España no contraería compromiso alguno internacional sin previo conocimiento de Francia...

¿Le parece a usted esto poco? Pues bien; nadie protestó, nadie. Yo creí siempre que la finalidad cardinal de nuestra política exterior debe cifrarse en que nuestros intereses resultan siempre coincidentes y combinados con el interés general europeo. De ir con una nación sola, ¿no le parece más acertada la compañía de Alemania? En el concierto internacional es la más fuer-

te; sus intereses peculiares resultan armónicos y complementarios con los nuestros; el régimen de sus instituciones de soberanía, es envidiable.

Francia está llena de fatalismos. Lo enseña su Historia, la más perturbada, sin duda.

Mire usted: en Argelia se dió el caso de que no se nos consintió edificar un hospital para españoles, y no se toleraba que los españoles fueran a los hospitales de allí, de modo que el pobre compatriota nuestro que caía enfermo en la calle, si no tenía quien le amparase, ¿dónde iba a morir?

La obra de Francia, en vez de haberse encaminado a prestar concurso a un Gobierno regular que pacificara y dirigiera todo Marruecos, ha consistido en fomentar las disensiones, corromper y degradar el Imperio, alentar las rebeldías y apresurar la descomposición.

El general hablaba sin cesar. Nosotros, queriendo concretar nuestras preguntas, le dijimos:

—En lo de Tánger...

—Con pena tenemos que hablar de esto. ¿Continuamos nuestra política con Francia e Inglaterra? Entonces, desechemos esa aspiración, como si hubiese sido un sueño.

Si queremos Tánger hay que tomarlo sin consultar con nadie. Y esta es la idea, la aspiración de una alta personalidad que, a pesar de su poder, necesita el concurso de otros poderes. De esto estoy seguro; y

esta afirmación es la causa de que desee conservar el incógnito, el cual puede desaparecer si una controversia pública en la Prensa madrileña me obligara a intervenir directamente en ella.

Y aun hay más.

Yo sé con certeza absoluta, y con una seguridad innegable, que una elevada personalidad política estuvo, hace dos meses, desarrollando esta afirmación que yo acabo de hacer.

—¿Dónde estuvo ese político?

—¡Es de adivinar!

—¿Habló por cuenta propia?

—No lo sé.

* * *

Y el general de blanca barba y ojos grises se queda un momento meditando.

Romanones.

Un taquígrafo distinguido nos sirve de introductor. Y penetramos en una sala pequeña, muy modestamente amueblada. Ocúpanla por completo algunos diputados y muchos individuos cuya indumentaria nos descubre que no hace mucho han llegado del hórreo, de la majada, del lagar. Son, sin duda, caciques; no hacen más que agitarse en sus asientos, y cuando no, dejan caer su cabeza sobre el pecho y la balancean para no dormirse.

Un reloj grande, como los que vemos muy tardíamente en las salas de antigüedades, está mudo y quieto en un rincón. El cuco que se esconde tras de las maderas, no brinca, ni danza, sin duda porque la cuerda está floja. El cuco, duerme.

Un retrato de Sagasta, comido por el tiempo, cuelga, sin marco, de la pared, casi tocando el techo. Está muy alto, muy alto.

Una librería, a un lado. Llénanla profusión de vo-

lúmenes que consiguen llamar nuestra atención. ¡Son colecciones de *Gacetas y Diarios Oficiales*!

La espera va siendo larga. Nosotros aguardamos que el sueño venga piadosamente a compensar nuestro aburrimiento. De tarde en tarde, unos gritos, unos chillidos, nos sacan de nuestra abstracción. Es el ilustre conde que está dando a sus nervios salida.

Por fin penetramos en el despacho. Don Alvaro ha querido darnos la preferencia, y nosotros atravesamos ya los umbrales con un hondo reconocimiento.

He aquí, enfrente de nosotros, al hombre de la fibra, al político más inteligente que poseyó nación alguna.

Nos quedamos un momento a contemplarle, recatando nuestra presencia a fin de que pase inadvertida. ¡Vano empeño! El conde de Romanones ha elevado su frente, y nos curiose^{ra} con rapidez, como si él a su vez, intentase disimular su acción. Ha observado en nosotros, por lo visto, una buena intención y un propósito leal, y se arrellena en su butaca, y empieza a hablarnos cariñosamente, familiarmente. Está confiado.

Sus ojos, menudos y febriles, no dejan de adentrarse en nosotros, en un último recelo.

—Tánger debe ser español, sin disputa alguna.

Cuando más se comprende esta necesidad es cuando se viaja por Marruecos.

Yo, que empecé mi viaje por Cabo de Agua y lo ter-

miné en Alcazarquivir, me detuve unos días en Tánger y pude compenetrarme del espíritu de aquella ciudad y de las condiciones que posee para España.

Constituye hoy Tánger un anhelo nacional.

—Nos complace el que usted opine de este modo, y es lamentable que el Gobierno no haya exteriorizado su juicio acerca de este último punto.

—El Gobierno, nos interrumpe, conoce ya el sentir de todos, políticos y pueblo. El tiene que obrar *luego*, conforme a las circunstancias.

—Ese luego...

—No, no envuelve segunda intención. Tiene usted que fijarse en lo que ocurre fuera. Es espantoso. Desde lejos no podemos comprender bien la magnitud de la catástrofe. Estamos en el primer acto de la guerra.

A propósito de la gran batalla, el popular expresidente del Consejo habla un rato, un largo rato. Y habla elocuentemente.

Su perspicacia y su agilidad espiritual le están proporcionando un triunfo. Solo que es un triunfo al que no asiste más que un modesto reporter.

Se detiene, al fin, y toma una hoja de papel en la que hay apuntados, unos detrás de otros, muchos nombres.

Con la pluma va poniendo al margen, unas iniciales, una a cada uno: B. R. M. Nosotros suponemos que está adjetivando unas conductas o dando merecido a unos procederes. Bien. Regular. Mal.

Nosotros decidimos cortar la tarea.

—¿Usted cree que Francia e Inglaterra?...

—No, la opinión de los de fuera yo no la conozco, replica.

—¿Y el Gobierno?

—No sé si la conoce el Gobierno.

El conde de Romanones pudo vencer siempre por su espíritu frío. De él está dándonos ahora unas muestras.

—Pero nosotros entendimos que el Gobierno no lleva esta cuestión con aquella premura que pide la opinión.

—No deben darse prisas al Gabinete. Sería perjudicial más que otra cosa; podría esto embarazar su situación.

—¿Pero el Gobierno?...

—Sí, sí; yo creo que está realizando gestiones, aunque desde luego no las dé a conocer. Y hace bien.

Le hubimos de indicar:

—Usted nos está hablando demasiado gubernamentalmente.

No nos contesta, y en cambio ríe con una risa sonora y humorística.

—Está usted, por lo visto, poniéndose en lugar de Dato.

—¡Claro!... advierte, y reanuda su risa maliciosa.

Añade luego:

—Como yo he de ser gobernante otra vez...

—¡Ah! entonces es que usted cree que bajo el gobierno Romanones es cuando se conseguirá la españolización de esa plaza...

La risa se hace ya general. El conde se apoderó de nuestro ánimo. Nos damos cuenta a tiempo, y él, jocundamente, exclama al observar en nosotros una reiteración y una insistencia que va a brotar de nuestros labios:

—¡Prefiero dejarle esa gloria a Dato!

—Sí, sí, usted no cree que este Gobierno llegará...

—No, en serio, no puedo precisarlo.

Era inútil. El conde de Romanones se había colocado ya a la defensiva y de nada habría de sernos útil.

Salimos a la calle y pensamos por un breve momento en la popularidad que rodea a este hombre público, joven, rico y audaz, que todo lo toma como una batalla de la que sale siempre victorioso sin poner a contribución otra cosa que su atrayente simpatía.

Villanueva.

A nosotros nos ha encantado siempre la sinceridad de este hombre, que no tiene otra norma que el deber. Esa es toda su política y a ella ajusta su conducta.

El Sr. Villanueva fué el primer liberal que llevó a su partido la necesidad de la política marroquí. Muerta ésta en el partido republicano, que fué, en realidad, quien primero se ocupó de ella, el Sr. Villanueva la añadió al programa del liberalismo, y dentro de sus correligionarios se convirtió en el leader y en el orientador. Sus viajes por Africa alcanzaron resonancia en el interior y fuera del país. Por esto supimos que el ilustre ex presidente del Congreso nos haría afirmaciones nuevas para traerlas a estas conversaciones que vamos entablando con las personalidades de nuestra Patria.

Empezó diciendo:

—No he sido ni soy partidario de la línea de conducta que siguen los Gobiernos españoles en la polí-

tica internacional, aun cuando—y es muy natural,—celebrados los convenios y los pactos, como español, seré el primero que los cumpla, con toda decisión y con toda lealtad.

Esto que usted me pregunta, sobre la españolización de Tánger, es muy hondo. No hay más remedio que antes de dar una respuesta, volver los ojos a nuestro pasado.

En 1907 dije yo que España no podría celebrar Convenios garantizando el *statuo quo* mientras no tenga ella reconocida su propia dignidad y hasta su integridad y su personalidad.

—¿Pero esto tiene algo que ver con el ideal de ahora?—interrogamos.

—Sí; las circunstancias no han cambiado y el lenguaje tiene que ser el mismo.

Recuerdo los días en que la abuela de nuestro actual Soberano, Doña Isabel II, recorría las plazas de Africa, y al pasar frente a Gibraltar volvióse de espaldas y no consintió mirar aquel pedazo de tierra en donde no ondeaba la bandera española.

—Pero ahora esta cuestión de dignidad...

—Permanece íntegra—nos respondió resuelto.

—¿Antes Gibraltar que Tánger?

—Yo no hago sino leer a usted este párrafo de mi discurso del 907.

Y el Sr. Villanueva sonoramente, calmosamente, fué leyendo:

«Celebrar pactos con quienes nos colocan en esas condiciones de inferioridad, es no respetar la dignidad de la nación española.»

Callamos los dos un momento. Tenía esto sobrada importancia para justificar la medida de uno y de otro.

Al fin rompimos el silencio:—La Conferencia de Algeciras...

—La Conferencia de Algeciras vino, por lo visto, con sus capitulaciones, a alterar el Convenio de 1904.

—El Tratado de 1907...

—Sí; él convino con Francia e Inglaterra en garantizar, de acuerdo con España, el *statu quo* de las costas del Mediterráneo y del Atlántico.

—Pero bien — interrumpimos; — ¿usted piensa lo mismo que hace ocho años?

—Exactamente lo mismo.

Cuando comencé a hablar de estas cuestiones me quedé solo en el Parlamento. Y hoy, ya lo ve usted, todo el mundo se ocupa de Marruecos.

Nosotros queríamos más. Queríamos que el Sr. Villanueva encajara sus afirmaciones de antaño en los problemas que hoy nos plantea la política internacional. Sobre todo, el que hace referencia a Tánger. Así se lo manifestamos, y él respondió:

—El Jefe ha hablado por todos. El sabrá...

—Bien; pero usted particularmente...

—Yo no puedo decirle más. Dentro de mi partido

seré siempre el mismo... hasta que me echen...

—¿Hasta que le echen?

—O hasta que yo me vaya. Ya le dije a usted antes que soy consecuente.

He de ser ahora más, puesto que las circunstancias no han variado en nada.

No nos extrañaron estas frases. Conocemos desde hace tiempo la entereza y el valor cívico de este hombre público que tan altos merecimientos supo siempre conquistar. Pero el momento era crítico y había que recoger sus palabras, tanto más interesantes, cuanto que eran las de un hombre consciente y equilibrado, en el que no han hecho nunca mella el despecho, la ambición y la maldad.

—Frente a nuestro anhelo, ¿conoce usted la actitud de los de fuera en lo que tiene de relación con Tánger?

—No; pero aquí tiene usted *Le Temps* del día 2.

Alargó el brazo y dejó el periódico en nuestras manos. Continuó diciendo:

—Ya vé: ahí se justifica la aspiración de Italia a sus vindicaciones. Se la aplaude, se le buscan nuevos razonamientos. ¿Y por qué no se ha de hacer lo mismo con nosotros, con nuestros derechos, que son más antiguos?

—Y usted supone que se nos concederá la españolización de Tánger?

—Yo no puedo separar una cuestión de la otra, Tánger es una parte del problema marroquí, éste es

TÁNGER, DIGNIDAD NACIONAL

tan vasto y tan complejo! Todos los problemas encierran un mundo de dificultades que cuestan mucho vencer...

—No es eso, Sr. Villanueva. Sin generalizar tanto, cabe preguntar si Tánger llegará a ser nuestro, si llegará a dársenos.

—A nadie le amarga un dulce...

—...

—...Si es que es dulce—añadió.

Otra vez volvimos a insistir porque no estábamos interiormente satisfechos con lo que llevábamos oído.

Y entonces el Sr. Villanueva tomó entre sus manos unos impresos, al tiempo que nos iba comunicando:

—En ese discurso del que le hablé antes, me ocupaba, entre otras cosas, de la táctica de Inglaterra; ésta pretendió acrecentar sus fuerzas navales, que le iban siendo cada día mas necesarias, obteniéndolas de sus colonias:

No logró ese empeño, y yo me preguntaba en el Parlamento si era temerario pensar que tal vez España fuera a tener este destino.

Bueno, pues ese discurso lo terminaba yo así:

«Cuando hayáis emprendido ese camino, y, sobre todo, si lo hiciérais por razones de un orden internacional, tal como el indicado, desde ese instante bien se puede asegurar que está decretada para un porvenir que no alcanza a ver el pensamiento, la humillación, la inferioridad de España, todo lo que es necesario,



por desgracia, para que aquí sean posibles ciertas influencias, contra las cuales, como he dicho, eternamente ha ido mi pensamiento, porque por eso yo he profesado unas ideas completamente contrarias a las que sigue el Gobierno español en materia de política internacional.»

Así terminó también, con nosotros, este político íntegro y abnegado.

Maestre.

Don Tomás Maestre es una autoridad en materias africanistas. Pocos como él conocen el problema en detalles y en todos sus aspectos. Hoy, que cualquiera se cree con prestigio para abordar la vasta cuestión de Marruecos, lo que opina el doctor Maestre es siempre objeto de comentarios, de réplicas, de discusiones. Y es porque trata siempre los temas con novedad, con sustancia, con calor.

Su dialéctica es asombrosa, y su oratoria fogosa y expresiva. Es mordaz, y para todo tiene un comentario que es, es todas las ocasiones, audazmente irónico. Como él intervenga en una discusión, ya podéis asegurar que queda desde ese momento terminada. Y su intervención se limita siempre a ser circunstancial, de pasada.

Hemos ido a él en busca de opinión, que nos ha dado solícito.

—Tánger, a mi juicio, no necesita españolizarse, porque ya lo está—comenzó diciéndonos.

Yo he tenido ocasión de poderlo ver.

—¿Pero Francia?

—Nada. Lo que ocurre es que allí se habla el francés como idioma diplomático; pero el único idioma que los árabes aprenden después del suyo es el español.

Tánger es una ciudad muy andaluza, muy andaluza.

Allí no hace falta mantener nuestros derechos. Todo el mundo los respeta.

—¿El derecho escrito?

—Tal vez.

—¡Pero si se va a eso!—objetamos nosotros—.¿Qué, usted cree?...

—No, no. Es muy justo ese anhelo colectivo. Lo que yo pienso es que debiera ser más intenso. Así podría ser más pronto realizable.

—Usted, pues, ¿no cree que las dificultades que nos opusieran las Cancillerías habrían de ser grandes?

El doctor Maestre echa atrás su pecho y, balanceando en su butaca, responde:

—Desde luego. Mínimas.

No están los tiempos para crearse nuevos enemigos. Si España hace cuestión nacional lo de Tánger, esta plaza y su zona pueden ser nuestras en muy breve tiempo.

Ahora, que de no ser para España, puedo casi asegurar que Tánger no será tomado por el vencedor—cualquiera que sea—, ni le sería asignado al vencido para resacirle de otras pérdidas.

Tánger es mucho problema para jugar con él. O se españoliza o continuará internacionalizado.

—Pero si la paz llega a producir nuevas guerras...

—Es lo más probable; aunque Tánger continuaría en la situación presente. La frase «compensaciones territoriales» no se ha hecho para esa plaza.

El doctor Maestre está menos comunicativo que de ordinario. Además parece producirle cierta molestia el que fuera, en la sala de espera, le aguarde un número considerable de visitantes.

Nosotros le hacemos esta observación, y él, entonces, se arrellena en su butaca y continúa diciendo:

—Las naciones signatarias del Acta de Algeciras quisieron que no se entregara a la influencia de una sola potencia europea el imperio mogrebino. Por eso se rechazó primero que, como Francia pretendía, la policía tuviera tan sólo instructores franceses; después, que los tuviera franceses, españoles y alemanes, y se llegó por último a lo de los instructores franceses y españoles. Las trece potencias signatarias designaron, como mandatarias suyas, a España y Francia, «sin diferencias esenciales de ninguna clase entre los derechos y la obligaciones de una y otra».

Y no se explica luego la acción de Francia al marchar a Fez, llamada por el Sultán; el silencio de las naciones signatarias del Acta ante esta burla, y menos aun la conducta del Gobierno francés ante la aparición Alemania en Agadir.

Con lo de Tánger estamos en entredicho. Durante algunos años han estado diciendo en las Cancillerías: restablezcamos el equilibrio roto, y comenzó la lucha callada, pero tenaz y constante, entre Francia y Alemania envolviendo en el torbellino diplomático, que se levantó, a Rusia, Inglaterra, Austria y España.

En 1902 se nos daba en el Tratado una zona enorme de influencia, y en 1904 se deja en otro Tratado de cumplir lo que estaba escrito, y se llega a neutralizar a Tánger; es decir, la maraña montañosa y abrupta del Yebala y del Rif, y la región maldita de la arena de El-Buerg y de El-Garet. Fué todo ello obra de Francia, que nos impuso la ley del más fuerte, que no nos trató como aliados, sino como a vencidos. Cuando el Káiser llegó a Tánger, debiéramos de haber realizado el acto viril de irnos con Alemania; no lo hicimos, y Francia logró amarrar nuestros derechos a la tiranía insaciable de su plutocracia.

Con la frase depresiva de «nous sont chez nous» y el arma corruptora de su dinero, nos arrojó de Tánger, donde veníamos ejerciendo una benéfica y civilizadora influencia desde el siglo XIII. Nos quitó allí la influencia de los tabacos, el predominio que ejercíamos sobre el Maghzen, nuestro predominio oficial, nuestra moneda y nuestro idioma, las Aduanas, las obras públicas, los Bancos, el comercio, la propiedad—absorbiendo ella con su dinero toda las de los moros—, nos arrojó a un barrio miserable de la capi-

tal diplomática de Marruecos y nos rodeó de soldados a sus órdenes.

El ministro de Francia en Tánger, monsieur Regnault, llegó a decir en una interview que iba a organizar el protectorado integral de Marruecos.

El doctor Maestre cuyas campañas patrióticas aun se recuerdan y que tendían a desvirtuar la propaganda que el partido comunista francés hizo entre nosotros, estaba dándonos con sus palabras la impresión que produce el escuchar el sonido de una trompa bélica, acordado con el dulce piar del caramillo. Su labor, que no recibió sino frialdades por parte del Poder, fué siempre hecha por el bien de la Patria y por la gloria de nuestro Ejército.

—De lo de Tánger puede resultar—continúa—que para unos seamos pantalla y para otros cuña. Y crea usted que Tánger es una imagen ideal de lo que llegaría a ser la culturalización en Marruecos, sin las ambiciones tan desmedidas de Francia.

La gestión de España en Marruecos se divide en dos partes: la conquista del terreno en Africa y los tratos con Francia. No hay más remedio—por desgracia—que separar ambas funciones.

Las afirmaciones continuaban sucediéndose, una tras otra. El doctor Maestre prosigue:

—No debemos querer que la salida al océano se nos corte en los campos de Ceuta ni en las marañas internacionales de las cercanías de Tánger.

Francia tendió siempre por una parte a empobrecer a Tánger, y a los puertos de la esfera de influencia española; de otra, a tomarse un derecho para mezclarse en la administración económica y en las cuestiones comerciales de aquella ciudad y aquella zona.

El doctor Maestre continúa desarrollando un núcleo vastísimo de tenaces y grandes ideas motrices y todo un programa de impulsiva acción, de sistemática aplicación de energías.

El lo dice: «Yo soy sencillamente un modesto investigador de laboratorio que aplica al problema de la regeneración de España sus pobres conocimientos en biología colectiva o social».

Allendesalazar.

Yo no sé por qué los políticos españoles no gustan de comunicarse con la Prensa. En esta nación, en donde nunca ocurre nada nuevo, el silencio y la discreción van entrando cada vez más en la conciencia de los hombres de Estado como una necesidad de buen gubernamentalismo y como una ostentación de una patriótica reserva.

El caso es que todo esto va pasando de ser una amenaza, para convertirse en un síntoma.

Y este síntoma nos advierte de cómo nuestra política está siendo rodeada de sombras y tinieblas, entre quienes medran aquellos que más callan y aquellos que menos actúan.

No se destacan de este coro inerte ni campeones ni paladines. Pusieron todos tanto empeño en la negación, que se ha llegado, por rara unanimidad, a la monotonía más irritante y a la unidad más absurda.

¿Forma parte el Sr. Allendesalazar de la colección

de los mudos personajes y de la de las estereotipadas figuras? El público ya le conoce.

Nosotros no sabremos sino decir que el Sr. Allendesalazar se negó desde un principio a comunicarnos nada.

—Yo ya llevo hablado mucho sobre este tema.

No sé qué decir de nuevo, murmuraba a cada ruego nuestro.

Las circunstancias no son hoy las de hace dos años. Sin embargo. Estoy muy retirado de la política.

Nos causó cierta sorpresa esta declaración suya.

—Pero bien, ¿usted no figura en el grupo maurista?

—Mi luto... mis trabajos urgentes...

—Pero...

—Ya ve usted, ni asistí al discurso de Maura en el teatro Real.

—Según esto, ¿a usted ya se le puede considerar como un disidente en el partido de Maura?

Fué entonces cuando el Sr. Allendesalazar habló sin tragua, sin reposo, sin darnos tiempo a intervenir.

—El conde de Romanones entendió siempre que el protectorado de España en Marruecos es una conquista, una ocupación del territorio, en vez de constituir la atracción del indígena.

Eso es un inconveniente, cuya resultante estamos tocando con lo de Tánger.

La organización de la internacionalización de Tánger quedó en el Tratado del año 1912, a pesar de los

esfuerzos de los negociadores manteniendo la situación anterior de Marruecos. Esto es, desde que desapareció el *stato quo* que, desde luego, estaba en pequeño, sí; pero con los mismos inconvenientes y con las mismas dificultades.

El Acta de Algeciras, el Tratado francoinglés, el Tratado francogermánico. ¡Oh!...

Necesitamos tiempo, mucho tiempo. ¿No tenemos en nuestra Historia el ejemplo de Ceuta, Melilla y los Peñones? Cinco siglos hubimos de esperar. ¿Hemos de conseguir ahora en unos meses nada menos que la españolización de Tánger?

Sin alborozos ni precipitaciones llegaremos a realizar nuestro cometido. Ejemplo de esto lo tenemos también cuando el Gobierno Canalejas mandó ocupar Larache y Alcazarquivir; cuando Marina se posesionó de la Restinga, Mar Chica y Cabo de Agua; cuando el general Aguilera llegó al Muluya.

Tánger forma una circunstancia, y es la de haber dejado en el Tratado del 12 la cuestión íntegra de Africa, una vez roto el *statu quo*, con todos los inconvenientes de internacionalizar un territorio determinado. Los negociadores españoles no supieron entonces llegar a más.

Se trato por el Gobierno actual de crear en Africa un estado administrativo español. No se ha cumplido en todo, por fortuna, porque hubiera sido tanto como resucitar la funesta administración que llevamos a

Ultramar. Dotemos de un Ejército numeroso al Jalifa, aunque dirigido por nosotros. Eso ya lo he propuesto diferentes veces.

El tiempo no es inoportuno, ciertamente, para el anhelo que es objeto de la visita de usted. Recuerdo la situación de España en 1911, cuando yo estaba en el ministerio de Estado... ¡Qué de dificultades, qué de problemas!

El Sr. Allendesalazar continuaba su conversación; pero esta vez poniendo paréntesis entre sus párrafos, haciendo intervalos cada vez que entendía que alguna de sus frases iba a ser tomada como una crítica o una censura.

Las oraciones marchaban una en pos de otra; pero ninguna de ellas nos revelaba nada nuevo. Parecía tener el Sr. Allendesalazar el propósito de encerrarse en generalidades que a nada le comprometiesen.

Por esto, nosotros creímos conveniente el interrumpirle. Nos habían causado cierta sorpresa sus primeras afirmaciones y a ellas quisimos volver aprovechando una vacilación, una pausa.

—¿No tiene usted censura alguna para este Gobierno, que presta tan escasa atención al problema de Tánger?

Aún dijimos más:

—Dada la autoridad que a usted se le reconoce, esa censura, ¿no serviría de estímulo al Gobierno?

—Muchas gracias—nos respondió sonriente el ex-ministro de Estado.

—Pero es que entiendo—agregó—que en todas estas cuestiones de política exterior no sé si es en absoluto conveniente el hablar al público. Podemos entorpecer la labor que pueda realizar el Gobierno...

—Es así, que usted presta en estos momentos apoyo a la situación conservadora.

—No es eso—respondió disgustado.—Ni una cosa ni otra.

—Pero si el Sr. Maura concretó en el Real suficientemente este punto.

El Sr. Allendesalazar calla un momento. Después se pone en pie, y haciéndonos una reverencia que, de no conocerlo nosotros, la habiéramos tomado como una ironía, alarga la mano y vuelve a sonreirse.

Todavía nosotros le decimos:

—En su resonante discurso del Senado, cuando la discusión del Mensaje, afirmó usted así: «En España los liberales conservadores no dejamos de prestar nuestros servicios al Rey sino cuando nos llama la muerte». ¿Quiere usted acaso ahora hacer más extensos y más eficaces esos servicios?

Nosotros esperábamos que nos contestase que desde todas partes se puede servir al Rey.

En cambio de esto, pudimos observar una nueva sonrisa, pero más dibujada y más significativa que las anteriores.

Esa fué toda su respuesta que nos hizo creer en el mágico poder de los equívocos.

Sánchez de Toca.

La opinión del Sr. Sánchez de Toca es de las que busca y solicita a cada momento el político y el periodista.

Siempre profundo y siempre bien encauzado, lo que el Sr. Sánchez de Toca afirma es casi siempre el reflejo de la verdad. Sus asertos se aceptan sin discutirlos, sus cálculos son en toda ocasión de los que se realizan y se cumplen.

Por ello hemos visitado a este ilustre hombre público en su domicilio, al que puede llegar todo el mundo.

Amplias salas suntuosas y decoradas con magnificencia va atravesando el *reporter* hasta hallarse en presencia del notable ex ministro, que continúa inclinado sobre su mesa, como si no hubiese percibido nuestra llegada.

El Sr. Sánchez de Toca es una fisonomía verdaderamente singular. Cuando habla, sus ojos, no grandes, os penetran muy adentro, intentando escrutar vuestro

interior. Su cara, más ancha que larga, le reviste de cierto aspecto que intimida y arredra.

Cuando sonrío es después de haber lanzado alguna sangrienta ironía, a la que acompaña, para quitarle descarnes y crudeza, un juicio profundo y meditado.

Habla sin daros tiempo para intervenir y preguntar. Como sabe tanto, lo dice todo, y llega a lo hondo de los asuntos con una sola frase. Una de sus síntesis os coloca al final de la cuestión, y lo que opina, tened por seguro que primero lo aprendió en los libros.

—Siéntese—nos dice—. Ya me figuro su objeto. ¿Es lo de Tánger?

Nosotros sonreímos, aunque con algún desencanto. Es el caso que queríamos cogerle de sorpresa...

—Por razones patrióticas yo debía callar, ya que es muy frecuente que a un juicio nuestro le sigan interpretaciones torcidas y erróneas. En mi discurso de la Academia de Jurisprudencia tenía yo que desarrollar el tema «El derecho de gentes». ¡Pero en estos tiempos hablar de eso! Entendí que debiera modificar la tesis, y hablé de estos asuntos que tanto interesan a la nación.

—Posterior a esa conferencia fueron las declaraciones de Maura y de Romanones, ¿verdad?

—Sí, eso es. Antes nadie quería ocuparse en público del problema de Tánger. Desde hace tres meses este problema es ya del dominio público.

—Debe usted complacerse ante la resultante.

—Sí, hay motivo; teniendo en cuenta que la opinión española no acostumbra a intervenir frecuentemente, y sobre todo, que están en la actualidad hablando los gobernantes de ayer y los del futuro.

Pero es chocante que se afirme que Tánger está internacionalizado. ¡De ninguna manera!

Tánger perteneció un tiempo a la zona de influencia que se nos quiso adjudicar a nosotros. Hizo bien España en no aceptar esa zona, porque no se la daban garantías y seguridades que necesitaba.

En una de las conferencias, a las que suele darse el nombre de *criminales*, Francia y Alemania juzgaron equitativo el distribuirse los respectivos intereses de Marruecos. ¿Sobre quién cargar lo del Congo? Se pensó en España, ¡saltó Inglaterra!

Pero es extraño que Alemania, que estuvo siempre oponiéndose a la internalización de Tánger, propusiera esta fórmula cuando el Kaiser llegó a Algeciras. ¿Se acuerda usted de Agadir?

Tánger, por razones étnicas, es completamente español; pero allí tiene su influencia Francia. ¿Que Francia no ha sabido cumplir sus deberes? Ahí tiene usted entre otras razones, el asesinato del comerciante alemán, cuya respetabilidad era bien conocida.

Sin Tánger, nosotros no podemos intentar nada en Marruecos. Es imposible. El ejemplo está en Ceuta y Tetuán, que lo revelan muy ostensiblemente. No hablo de Melilla, porque yo no creo que nuestro

protectorado haya ni siquiera comenzado en Marruecos.

Esta afirmación del Sr. Sánchez de Toca, llegó a sorprendernos.

—¿Cómo?

—Sí, sí; ni siquiera comenzado. Toda esa pacificación yo no la admito. Se habla del jalifa, de las autoridades españolas, del alto comisario. ¡Es un sueño!

Y le advierto a usted que de lo que ocurre en Marruecos nadie puede asegurar que está informado. ¡Nadie! De Rey a abajo ninguno.

El ministerio de la Guerra se obceca en continuar su política de secreto. No quiere salir de ella. En cuanto a los otros ministerios, ninguno está de acuerdo. El de la Guerra nos da a entender que se ha hecho algo en Marruecos, con la danza de las recompensas, que cada día resulta más interesante el conocer. Los otros, se limitan a engrosar sus listas civiles... Pero si hay todavía mas.

El Sr. Sánchez de Toca sonríe levemente y agrega:

—Hasta hace poco, yo no sé si se continúa, los nombramientos militares estaban haciéndose con los mismos clisés impresos que quedaron como resto de los nombramientos de Ultramar.

Eso, la política de Ultramar, es lo que estamos llevando a Marruecos.

Tánger nos pertenece. Debe dársenos. Sin limitación alguna.

La oportunidad no puede ser más propicia.

—¿Usted cree que llegaremos a realizar ese anhelo nacional?

—¡Es claro! Nadie puede dudarlo. Esto pertenece a los hechos previstos y calculados.

—¿Pronto?

—Sí, muy pronto.

Pero es necesario que si España insiste en sus pretensiones, no hable para nada del protectorado nuestro en Marruecos.

Si menciona ese protectorado, ¡adiós, Tánger!

Debemos separar las dos cuestiones. En bien nuestro desde luego.

El Sr. Sanchez de Toca no juzga acertada nuestra misión en Africa. Bien diáfaramente nos lo ha afirmado.

Hasta el punto que al despedirse de nosotros este hombre publico, a quien tanto se teme, nos ha insistido:

—Tánger es una cosa y nuestro protectorado en Marruecos es otra.

Y el Sr. Sánchez de Toca se ha sonreído, añadiendo:

—En las Ligas africanistas hemos recibido verdaderas montañas de protestas de las que voy a dar cuenta al Gobierno.

Y nosotros, que hemos intentado averiguar el fundamento de esas quejas, hemos escuchado esta frase:

—No, no debo decirlo. Estas cosas no pueden trascender al público. Habría sorpresas, detrás de las sorpresas habría movimientos, y esos movimientos...

.....

El ministro de Estado.

El cauto y defensivo Agulló—secretario particular del ministro—ya nos lo había advertido:

—A las diez y media tiene Consejo en Palacio.

¡Eran las diez en punto!

El ministro, madrugón, había decidido recibirnos tan temprano, Por supuesto, ello nos hacía suponer que la entrevista no sería muy larga.

—¿Usted quiere preguntarme sobre Tánger?—interrogó el marqués de Lema.

—Eso precisamente; nosotros deseamos conocer su opinión acerca de la españolización de Tánger.

—Mal tema, mal tema. No ha de darle éxito conmigo, porque yo acerca de ese asunto, no sé nada, no sé nada.

—La nación anhela ese acuerdo.

—Sí. Y yo no diré que ese anhelo no sea justo.

—¿No es práctico?

—¡Oh!, no—se apresuró a replicarnos—; yo tampoco digo que no sea práctico.

—¿Entonces no es oportuno?—advertimos nosotros, El ministro simula arreglar unos papeles que están esparcidos sobre su mesa. La tarea se prolonga y nosotros, en vista de ello, insistimos:

—¡Sí, justamente; lo que menos se discute ahora es la oportunidad de este anhelo!

—Es posible; pero la causa tiene usted que encontrarla en que la fantasía no es patrimonio de la diplomacia. No es lo mismo ejercitar la imaginación desde las columnas de un periódico, que pesar y contrastar las dificultades desde el sillón de un ministerio. Yo nada quiero decirle con ésto, cónstele. Y le aseguro que no guarda esta respuesta mía ninguna relación con la anterior pregunta de usted.

El ministro sigue poniendo todo su empeño en decir que no dice nada. Habla por cortesía y responde ante nuestras reiteraciones. ¡Pero conste que él no dice nada!

—Es una necesidad geográfica.

—¡Claro!

—Es una necesidad de política. Es una necesidad de intereses nacionales...

—Mire usted—nos interrumpe el marqués de Lema eso nadie lo discute. Teóricamente, el problema no puede estar más diáfano para España. A nuestra política marroquí le es indispensable la españolización de esa plaza.

Ya ve usted, el Raisuli continúa siendo un obstáculo para la dominación de Yebala.

Además, está comprobado que por Tánger han pasado enormes contrabandos que han venido a aumentar la inquietud en los territorios que rodean a Tetuán.

Unos papeles—¡malditos papeles!—que yacían olvidados en uno de los ángulos de la mesa, llaman la atención del ministro, el cual, solícitamente, va ordenándolos. A nosotros ya está ocasionándonos cierta inquietud la probabilidad de que el ministro se ponga a arreglar alguna estantería cuyos libros considere mal uniformados.

Este señor marqués de Lema, que ha elevado la discreción a dogma, no quiere, por lo que se ve, comprometerse con afirmaciones. De nada sirve la insistencia nuestra. Choca ésta con su coraza férrea e inflexible.

Sólo se aventura a salir de su actitud fría y rígida, cuando agregamos:

—Para el problema de la paz Tánger puede ser una de las soluciones. ¿No es eso?

—¡De ninguna manera!—responde—. Yo no puedo llegar a suponer tal cosa, aunque fuera cierta. Yo le digo a usted que no digo nada...

«La fantasía no es patrimonio de la diplomacia.» Es una sentencia, indudablemente, una sentencia en labios de un ministro cuyos afanes estriban en ¡no decir nada!

Realmente, por perseverar en esa opacidad, ni los cristales de sus lentes lanzan reflejos; la luz resbala por ellos sin darles brillo ni color.

Rodríguez de la Borbolla.

Cuando fuimos a visitar al Sr. Rodríguez de la Borbolla, en el hotel, nos dijo, ya enterado de nuestro objeto:

—Hacen ustedes bien en mover la opinión sobre este tema.

Es necesario y es muy urgente que se adopten acuerdos.

Se está modificando el mapa del Mediterráneo en estos instantes históricos. Debemos, pues, reclamar lo que nos pertenece, por razones infinitas. La más poderosa es aquella que hace que, sin la posesión de ciertas plazas, hoy neutrales, se convierta nuestro protectorado, que estamos ejercitando en Marruecos, en ineficaz e inútil.

El que Tánger continúe como está, es algo más que depresivo para nuestros intereses. Es una desconfianza, cuya ofensa salta bien a la vista.

Crea usted que la opinión necesita moverse sobre

este tema. A la sordina se están haciendo modificaciones en el Mediterráneo.

Nosotros necesitamos, no asistir a ellas, sino en serio no consentir que sin nuestra intervención continúen celebrándose.

Sin la posesión de Tánger, el problema del Mediterráneo persiste en su tangibilidad, y quién sabe si los peligros no serán mayores y más intensos a medida que el tiempo transcurra y las dificultades se pongan más de relieve.

El problema del Mediterráneo es el problema de toda España. El Mediterráneo encierra la clave de toda nuestra política exterior: Marruecos, Portugal, la América latina.

¿Que el Gobierno calla ante la inminencia de los peligros? Es disculpable, créame. Las nebulosidades son muchas y no es nada fácil el desentrañarlas.

Mi opinión es esa, ya habrá usted observado que coincido en un todo con mi jefe. El conde de Romanones lo dijo bien claro en su resonante discurso de Palma, y yo me atengo exclusivamente a él.

Vincentí.

Don Eduardo Vincenti, presidente del Consejo de Instrucción pública y diputado a Cortes, ha sintetizado en dos bellas frases su manera de pensar:

—O la españolización de Tánger, o nada.

O la españolización de Tánger, o debemos recluirnos en casa.

Gadea.

El senador D. José Gadea y Orozco, opina:

—Economía de sangre, economía de dinero, economía de preocupaciones, economía para la Historia triste de España...

Eso es la españolización de Tánger.

Una cuestión económica.

Navarro Reverter.

Don Juan Navarro Reverter afirma:

—Se hace cada vez más urgente el que se remueva la opinión sobre este punto.

La opinión dice que sí, en lo de Tánger. Pero es imprescindible que lo diga en voz alta, para que se entere el Gobierno.

Belaunde.

La opinión del diputado D. Luis Belaunde, es la que sigue:

—Sin Tánger español, de nada nos sirve Marruecos.

No cabe soñar, cuando se tratan cuestiones tan elevadas.

Alcaraz,

Don Enrique Alcaraz, diputado a Cortes, ha manifestado lo siguiente:

—No sólo es imprescindible para nuestra política exterior el que Tánger sea español, sino que lo considero cuestión de dignidad nacional.

Barriobero.

El diputado a Cortes señor Barriobero, nos dijo:

—Soy opuesto completamente a esa tendencia. Como yo, pensamos toda la minoría republicana.

Si se llega a españolizar Tánger, es nuestro Marruecos. Y nosotros no queremos que España tenga nada en Marruecos.

España debe limitar con el Estrecho de Gibraltar.

Bergamín.

El Sr. Bergamín, nos ha manifestado:

—Si hemos de continuar nuestro protectorado en Africa, considero imprescindible la españolización de Tánger.

Si hemos de continuar ¿eh?

Argente.

Baldomero Argente es un pensador profundo y un sociólogo.

Interrogado por nosotros acerca de la españolización de Tánger, hubo de respondernos:

—Tánger debe ser nuestro. Lo será: Indiscutiblemente.

Por razones históricas y por necesidades geográficas, debemos aspirar con mayor intensidad a que ese ideal sea pronto un hecho. Lo considero inmediato y estimo que ha de serlo.

En el Tratado de 1902 estaba ya como prendido en la zona que se nos asignaba. Fué también comprendido en el de 1904 y ello revela que Tánger constituyó en todo momento una preocupación para España.

No quiero amontonar culpas sobre nadie: no afirmo tampoco que por García Prieto y Canalejas dejara de ser Tánger a estas horas español.

Todo arranca de 1902. El Gobierno conservador,

que sucedió al liberal, cometió la torpeza de suponer que las relaciones entre Francia e Inglaterra no habrían de reanudarse con cordialidad. ¡Fué un error! Concertándose el Tratado surgió la crisis, y el Gobierno liberal dejó las responsabilidades, que cayeron sobre los sucesores. Esas relaciones ya recordará usted que volvieron a ser un hecho, y España por desaprovechar la ocasión, tuvo que consentir que Tánger se internacionalizase.

—¿Y en la actualidad?

—¡Ah! Este anhelo nuestro yo considero que aun no ha llegado a ser colectivo.

No basta que constituya una preocupación periodística, ni que los jefes de los grupos parlamentarios hayan concretado la aspiración. Es imprescindible que el pueblo manifieste bien claramente que se une al movimiento, sin lo cual no habrá Gobierno que se atreva a formular el deseo. Tenemos en nuestra Historia contemporánea ejemplos suficientes, capaces a detener en su patriotismo al gobernante más arrojado.

Esta es la primera condición que yo encuentro.

—Pero esto no es señalar el modo de conseguirlo.

—A eso voy, nos interrumpe. Precisamente forma su pregunta la segunda condición, que yo considero que se presenta con más urgencia que ninguna.

Para que Francia e Inglaterra convengan en españolizar Tánger, tienen antes que poseer la completa seguridad, la absoluta certeza de que nosotros no he-

mos nunca de hacer de Tánger un arma contra ellos. De lo contrario, ambas naciones no consentirán jamás que esa plaza cambie de constitución política.

El Sr. Argente observa en nosotros un gesto de impaciencia y de agrega:

—¿Va usted a preguntarme cómo llegar a esta resultante? Verá usted.

Una nación tiene siempre medios poderosos a su alcance para evidenciar sus anhelos.

¿España quiere Tánger? ¿De quién depende el conseguirlo? ¿De Francia e Inglaterra?

Pues hagamos más intensa nuestra cordialidad con ellos.

—¿Aliados?

—Hombre, no tanto. No aconsejo yo que nos marchemos hoy mismo con los aliados. Ni me atreveré a aconsejarlo nunca.

Pero juzgo que no estorba a la más absoluta neutralidad el extremar ciertas corrientes de simpatía, el estrechar lazos que siempre estuvieron muy apretados.

—¿Hay otra condición?

—Queda una última.

—¿Las compensaciones?

—Eso es.

Miramos con inquietud en derredor nuestro, para continuar la conferencia.

—¿Compensaciones territoriales?

—No nos queda más que para poder vivir. Lo que

nos resta de Africa son casi partes de nuestro territorio prolongado. ¿De América? ¡Nada tampoco!

No obstante, cabe predecir que esas compensaciones mirarían al futuro.

Mantener el *statu quo* en el Mediterráneo.

Pero con obligaciones bien definidas para Francia, para Inglaterra, para Italia y para España.

Esa obligación nos llevaría a una alianza totalmente absoluta.

Sin todo esto, Tánger no será nuestro jamás, porque es una equivocación nefasta la de suponer que, sin la autorización de Inglaterra y de Francia, Tánger llegue a ser español.

Nosotros, aun no convencidos, insinuamos:

—Es raro que usted estime de gran urgencia el cumplimiento de la segunda condición.

Y Argente, apoyando sus palabras en un significativo movimiento de brazos, responde:

—Sí, es muy urgente el que hagamos más efusivas y más incondicionales las corrientes de simpatía que tenemos para con Francia e Inglaterra.

Conde de San Luis.

Disiente de las opiniones que llevamos insertas, la del conde de San Luis, diputado a Cortes, el cual afirma:

—No me he preocupado en estudiar el problema porque lo creo de imposible solución. Por lo menos de una solución que satisfaga a los intereses españoles.

Soy pesimista en esto. Conozco bien todo Tánger y no puedo, quizá por ello mismo, opinar como la generalidad.

Ángel Guerra.

Don José Betancourt, diputado, que ha hecho popular el pseudónimo «Ángel Guerra» y que es un notable periodista, nos manifestó:

—Es un empeño inútil el nuestro. Francia e Inglaterra no han de acceder.

Yo por eso considero un disparate nuestra ambición.

¿Cómo convenirnos el llegar a ese final? ¡Qué duda cabe!

Pero entiendo que Romanones, al echar el cohete a Dato, lo que ha conseguido es ponerse el fuego bajo sus propios pies.

¡Veremos lo que hace Romanones cuando llegue a la Presidencia.

Marqués de González.

El marqués de González de Quirós, nos dijo:

—Se habla de que la Conferencia de Algeciras concreta lo suficiente para destruir los equívocos.

Es verdad. Pero ahora las circunstancias son otras, y como yo soy oportunista en política, creo que al tema de la españolización de Tánger debemos todos prestar un calor y un apoyo decididos.

Urzaiz .

Interesa siempre conocer al público las declaraciones de D. Angel Urzáiz, uno de los políticos más populares.

A nuestras preguntas, contestó:

—¿Qué hable yo de Tánger?

Yo no actúo en política ahora. Además, es impropio.

En este país las cosas están invertidas. Nosotros no debemos hablar en este caso. Le corresponde señalar el camino al Gobierno.

—¿Y si él elude ese cumplimiento?

—Obligarle. No cabe otra cosa.

Los ponentes tienen que ser siempre los Gobiernos, no nosotros.

Yo carezco de elementos de información. Es más, carecemos todos los que no estamos en el Poder.

Se habla ahora de la Convención de Algeciras. A los españoles se nos hizo creer que ni siquiera existía seriamente para nosotros; vea usted por dónde, desde 1906 hasta hace unos días, nada podíamos saber con respecto a ese punto. Desde que se habla de Tánger, todo el mundo da como leído el texto de esas conferencias diplomáticas.

Yo no tengo, lo repito, información para poder opinar.

—Pero usted habla diplomáticamente. Y esto es raro en usted, es verdaderamente singular.

Lo que nosotros le estamos preguntando es si Tánger puede constituir un ideal nacional.

Y el Sr. Urzáiz, agitándose en el aire y moviendo febrilmente sus brazos, responde:

--¿Hablar en estos tiempos de ideales nacionales?

Una carcajada sonora da fin a la frase.

--No sé nada—repite sin cesar.

No se nada.

Bivona.

El duque de Bivona, cree lo siguiente:

—No podemos llegar a ejercer acción en Marruecos sin que antes se españolice Tánger.

Y es mi sentir que esa españolización debe ser el premio que nos dieran los vencedores, unos u otros, al término de la guerra.

Vadillo.

El marqués del Vadillo, afirma.

—Tánger es el punto de partida para nuestra expansión comercial en Marruecos; y nuestro dominio en aquellos lugares debe ser eficaz y productivo.

Todo ello, a base de una acción práctica para los moros, con el fin de proporcionarles mayor bienestar del que disfrutaban.

Sin embargo, ahora debemos atenernos a las circunstancias del momento. ¿Por qué?

Porque un incidente con una potencia europea, en los presentes instantes, acarrearía a España trágicos acontecimientos.

Muga.

Don Emeterio Muga es diputado a Cortes y comandante de Estado Mayor.

Su opinión es de importancia. Nos dijo:

—Si todo el Norte de Marruecos tiene que ser nuestro, debe ser en absoluto, sin limitación alguna.

Tánger, como está hoy, sirve para la prosperidad del contrabando. Una zona neutralizada no supone, desde luego, ir en contra de unos o de otros; pero sí entorpecer la acción de quienes ejerzan alguna misión militar.

En este caso puede considerarse a España.

G. Pardo.

García Pardo es un diputado demócrata. Su juicio es éste:

—Soy de opinión de que se deben agotar todos los medios para que Tánger quede españolizado.

Ninguna ocasión como ésta.

Esperar significa el tácito renunciamiento a esta empresa, que ha de ser la base de nuestro engrandecimiento en Marruecos.

Castro Artacho.

El senador vitalicio, D. Ramón de Castro, presidente de la Cámara de Comercio de Valencia, nos comunica:

—Sobre todas las cosas, es un deber patrio el concentrar nuestros esfuerzos en el tema de la españolización de Tánger.

Cuanto antes, ocupemos militarmente esa plaza. Luego, pero pronto también, establezcamos en Tánger el verdadero protectorado: el civil.

Ya comprenderán ustedes que no me refiero al descargue que suelen hacer desde los Ministerios, en cuanto surge la probabilidad de engrosar la lista civil.

Me han dicho que de esta opinión son los generales Silvestre y Berenguer.

Necesitamos llevar allí nuestro comercio y nuestras industrias cuanto antes.

Junoy.

El senador reformista, Sr. Junoy, nos manifestó:

—En contra de la totalidad de los republicanos, que son los míos, me he declarado siempre africanista.

Este fué el pensamiento de Costa, de Castelar, de López Domínguez. La tradición republicana es africanista, y consistía en dotar a España de una política internacional. ¡Ahora ha variado!

En todo momento tuve exteriorizado este anhelo mío. Ahora con motivo más fundamentado.

Y debe usted fijarse en que el precursor de esa política fué Collaso y Gil, el cual adquirió terrenos en Africa que tuvo que enajenar ante la indiferencia política.

Creo en la necesidad de españolizar Tánger por razones étnicas, geográficas, históricas.

Creo también en las riquezas de Africa, que están contenidas en su suelo y en su subsuelo. Africa debe de ser, puesto que la tenemos al lado, el punto a donde vayan nuestros emigrantes.

A América no se puede ir. Está muy lejos. Además se necesita, para triunfar en aquel continente, una completa salud corporal y la posesión de un capital, por pequeño que sea. Por otra parte, estamos, con respecto a América, en una inferioridad evidente, que se convierte en superioridad en cuanto pisamos Marruecos...

Debemos ocupar Tánger. Pero inmediatamente.

Cantos.

El diputado a Cortes, D. Vicente Cantos, dice:

—Es hasta ilógico el admitir por más tiempo la internacionalización de Tánger.

A Tánger debe ir nuestro esfuerzo, nuestro ideal político.

Tánger es la clave del protectorado, y no debemos continuar con la presente situación.

Carracido.

Don José R. Carracido es una eminencia científica. Senador y catedrático, su nombre es estimadísimo en el extranjero.

—No sé nada de lo de Tánger. Es más, ni siquiera me he puesto a estudiar el asunto—nos dijo.

—Pero usted es político y debe tener alguna opinión acerca de si conviene o no la españolización de Tánger.

—Sí, lleva usted razón; pero es que ni me preocupa ese aspecto de nuestra política internacional.

Nosotros, que queremos al Sr. Carracido, le replicamos aún:

—Pero si damos al público la impresión que usted nos transmite, no la va ni a creer.

—Pues es verdad, no lo he estudiado, no me preocupa.

García Moreno.

El secretario del Instituto de Derecho internacional, don Alejo García Moreno, ha contestado a nuestro requerimiento.

—¿Somos una nación exportadora, una nación agrícola e industrial.

—No.

—Entonces es cosa que no nos conviene la españolización de Marruecos.

Gimeno.

El ilustre ex ministro de Marina, D. Amalio Gimeno, cree lo siguiente:

—Cuanto antes formulemos clara y concretamente el anhelo internacional que debe seguir España.

No esperemos al término de la guerra. Es de suponer que, si no nos damos prisa, desaparezca la oportunidad y queden las cosas como en su estado primitivo.

Y, por otra parte, ya es hora de que se nos conceda aquello que es nuestro.

Tánger, que es el mayor foco de controbanda que existe en Marruecos, tiene forzosamente que pasar al pleno dominio de España. Irremisiblemente.

¿Y no le parece a usted que cuanto antes mejor?

La Cierva.

Era interesante para el *reporter* conocer el juicio de D. Juan La Cierva.

Pero este ex ministro se mostró reservado en extremo.

—He hecho propósito de no hablar de política, propósito decidido.

—Pero mi pregunta no es política—le replicamos.

—Sí, ya lo veo; pero no puedo hablar de nada.

Todavía insistimos:

—El público tiene curiosidad por conocer la actitud de usted.

Y nos replicó muy amablemente:

—Sí, pero para mí, ya pasaron estas cosas.

Morote

Don José Morote es un diputado con significación propia.

Dice:

—La españolización de Tánger no es una cuestión de Gobierno, sino nacional, social.

Yo me temo que con Tánger nos ocurra lo que con Argelia. Tantos años de labor para que al fin predominasen los franceses.

Martín Rosales.

Un diputado de los que descuellan por su inteligen-
cia y eficacia es D. Martín Rosales.

Nos ha manifestado lo siguiente:

—Entiendo que el Gobierno no ha tomado con calor esta cuestión. Pero creo que está realizando determinadas gestiones a fin de que Tánger nos sea dado como premio a nuestra neutralidad. Tiene usted el precedente en el hecho de que el Gobierno está inclinándose cada día más hacia los aliados.

Por otra parte, los Gobiernos en general han prestado a este caso una muy pequeña atención.

El anhelo español debe ser ese, por ahora.

Tánger nos pertenece; ya son conocidas de todo el mundo las razones.

Allí impera el espíritu español.

Marquès de Pílares.

He aquí lo que escuchamos:

—Es conveniente, desde luego, el llegar a la consecución de ese ideal.

Tánger es una puerta abierta por donde entra todo aquello que es dañoso al protectorado que ejercemos sobre Marruecos. Aquello crea súbditos rebeldes, que en realidad nunca fueran súbditos.

Tánger es un callejón cuya salida sólo hemos de abrir nosotros. Es indispensable que echemos el cerrojo.

Pero lo notable es que esa plazala teníamos conce-

dida antes y se nos ha quitado en los Tratados que rigen. Se nos llegó a ofrecer toda la zona, sin excepción alguna.

¡Hemos venido a menos!

No es cosa, pues, nueva para nadie, el que ahora hagamos más ostensible la aspiración.

—Estos días circula el rumor—añadimos nosotros—de que es fácil se proponga el cambiar Ceuta por Gibraltar.

—Sí, también a mí me ha llegado.

Pero no creo que sea aceptable ese cambio por Inglaterra.

Aunque le advierto que sólo por amor propio podría convenirnos esa fórmula.

Ceuta vale más que Gibraltar. Entiéndase que hago esta afirmación en el supuesto de que ambas plazas estén en las mismas manos. Ceuta es más grande.

Sin embargo, insisto; siquiera por *redondear* la península nos convendría el cambio.

—Nosotros no podemos tener en este momento juicio propio sobre la actuación del Gobierno ante este problema. Pero, ¿usted qué opina?

Creímos advertir un gesto de pena en el Sr. Auñón.

—No se encuentra con fuerzas para pedir la solución.

Tiene miedo a la iniciativa que siempre puede engendrar el fracaso.

Su amor a la neutralidad le estorba, le embaraza, no le deja moverse con amplitud.

Ya ve usted, el mismo Sánchez Toca arremete muchas veces, desde la Liga Africanista, contra el Gobierno en general. Y fíjese usted en que de estas cuestiones internacionales los responsables son siempre los ministros de Estado.

—¿Cuándo podrá ser nuestro Tánger?

—Antes de que finalice la guerra es muy difícil, a no ser que ayudemos a los aliados más activamente.

Es claro que yo no tengo por muy seguro que Tánger llegue a españolizarse.

¿A la fuerza? No estamos en condiciones. ¿Saliendo de la neutralidad? Lo que ganásemos con Tánger lo perderíamos por otra parte.

—Hacer opinión...—insinuamos nosotros.

—No, no es la opinión nuestra lo que interesa aquí, si no la ajena la que necesitamos saber.

—Como premio a la neutralidad, ¿se nos daría Tánger?

—No, contestó rotundamente.

No se nos dará nada, absolutamente nada.

La conversación se generalizó luego.

Hablamos del Gabinete militar recientemente creado, y el Sr. Auñón, una verdadera autoridad en esta materia, nos dijo:

—¡Phs! Este Gabinete se indispondrá, desde luego, con todos los organismos militares.

Eso de que lo mande un teniente general o un general de división...

Desde luego, el Gabinete Militar no anulará al Estado Mayor, porque en realidad—y lo sabemos todos—nosotros carecemos de Estado Mayor.

Continuando la plática, el marqués de Pilares, confidencialmente, agregó:

—Este viaje del ministro de la Guerra dicese por ahí que obedece al deseo de propulsar la producción nacional.

Eso es siempre un bien; pero yo ignoro si realmente existe consignación para ello.

Y el Sr. Auñón, paralogista, intensamente irónico, ingeniosamente humorista, proseguía su cháchara.

El *reporter*, encantado, no recogió en la memoria todo lo que oía, y he aquí por qué no puede seguir refiriendo al lector las bellezas y las galanuras que iban fluyendo de labios del prestigioso general.

Besada.

Ejercitado y ducho en las labores mentales, el señor González Besada, Presidente del Congreso de los diputados, es de los que tienen siempre disciplinada la voluntad y vigoroso el entendimiento.

Supusimos que su opinión, en los presentes momentos, no sería decidida y resuelta, pero sí interesante.

—Tánger...

—No hablemos de nada, interrumpió, que me obligue a una censura o a un elogio. Yo no puedo hoy, dado el cargo que ocupo, intervenir en muchas cosas.

—Su personalidad...

—Sí; pero ella misma es la que me impide exteriorizar mi sentir.

Recientemente fui requerido para que comunicase mis juicios sobre Marruecos. Lo hice como lo hubiese hecho un artista, dando la impresión de la línea, del color, como si hablase un turista.

—Al término de la guerra...

Nos cortó la frase.

—La guerra, todas las guerras, son reparadoras, son tonificadoras.

Sea quien sea el que venza, al término de la guerra ha de caer sobre España la angustia que trae la urgencia. Nuestro horizonte está preñado de problemas cuya solución ha de precipitarse. Y añadió gravemente:

—¡Ha terminado para España el ciclo de las tranquilidades!

Conde y Luque.

Senador y rector de la Universidad Central.

Dice:

—No se necesita ser estadista ni haber estudiado

ese asunto para comprender que Tánger debe ser nuestro.

Ahora, deben tener cuidado nuestros gobernantes de ver en qué forma van a conseguirlo, en qué procedimiento van a basarse.

Raboso.

Afirma:

—Tánger tiene que ser nuestro.

Hoy o mañana.

Tiene que ser nuestro por muchas razones. Las que nosotros podemos presentar, están ya bien claras y bien concretas.

Francia e Inglaterra no ven diáfananamente esto. Pero no ha de transcurrir mucho tiempo sin que la una y la otra nación se hagan solidarias de nuestro anhelo.

Canals.

Tiene un historial prestigioso. Es maestro de periodistas y político consciente. Es de los hombres a quienes no se ha hecho todavía justicia.

Su cultura asombra, y sus juicios, que son certeros

y profundos, llegan a los intelectuales, entre los que figura como uno de los directores.

Medite el lector lo que sigue:

—Tánger es, sin duda, una legítima reivindicación nacional, y su inclusión en la zona de influencia española una necesidad primordial de la personalidad de España en la política del mundo, si ha de tenerla.

Llego a creer eso más importante que la recuperación de Gibraltar, aun representando ésto un anhelo sagrado de reintegración territorial de la Patria.

Pero, ¿con qué cara vamos a pedir Tánger después del espectáculo que venimos dando desde 1909 en Marruecos y respecto de Marruecos? Si no hemos logrado dominar en los alrededores de Ceuta, ¿qué vamos a hacer en Tánger? ¿Que en Tánger tenemos en el elemento indígena simpatías? Dándolo por averiguado, habrá que averiguar también si eso no será precisamente porque no estamos allí como dominadores, ni como aspirantes efectivos a la dominación.

Mas doy muy a gusto, por supuesto, que nos vamos a enmendar, que nos hemos enmendado ya, que con la eficacia de nuestra acción en toda la zona de influencia hemos adquirido títulos para pedir que se nos aumente ésta con Tánger y su zona circundante, cuya internacionalización se ha acordado. ¿Con qué probabilidad de éxito contamos?

En el Tratado de 1904, Tánger está *virtualmente* en la zona de influencia española. En el Tratado de 1912,

no. ¿Por qué teníamos entonces mejor derecho o más medios de hacerlo prevalecer? No, sino simplemente porque en 1904 Inglaterra estaba, respecto de Marruecos, más cerca de España que de Francia, mientras que en 1912 estaba mucho más cerca de Francia que de España, ya que los Convenios de 1904 fueron el comienzo de una política que hizo rápidamente pasos gigantes para llegar a los diez años a la formidable alianza guerrera que estamos viendo en acción desde hace nueve meses.

¿Se puede pensar que Francia, ahora y después de la guerra, apetezca Marruecos menos que antes y que le pese, por tanto, menos que antes la convivencia con España allí? Evidentemente no, y si viene la reacción conservadora que algunos esperan o tocan ya, el reverdecimiento del patriotismo que en la guerra se está manifestando, más evidente aún.

¿Podrá sentir Inglaterra, después de los enormes sacrificios que Francia viene haciendo, menos propensión a complacerla que en 1912? No es posible creerlo, por muy *fenicia* que sea la diplomacia británica.

Pues como nosotros, mientras no recobremos por la regeneración nacional, no tendremos derecho a elegir el amigo que más nos guste o que más nos convenga, sino a eludir el enemigo que más pueda dañarnos, ¿podemos pensar en enunciar siquiera en las cancillerías la reivindicación de Tánger, si no contamos previamente con el asentimiento benévolo de Inglaterra y de Francia?

Por esto, sin echar cuenta siquiera del precio que podía tener ese benévolo asentimiento, yo, pensando lo que al principio digo respecto de la importancia de Tánger para España, no creo todavía que debamos sugerir ilusiones a los españoles, capaces de sentirla.

Benítez de Lugo.

Don Félix Benítez de Lugo es un diputado que ha sabido granjearse la estimación general.

Solícito y atento no se niega a ningún requerimiento amistoso.

Nos manifestó lo siguiente:

—O renunciemos nosotros en absoluto a nuestras aspiraciones en Marruecos, o procuramos por todos los medios que nuestra influencia se extienda en Tánger, porque sin la posesión de esa ciudad marroquí y la porción de terreno que le está afecta, es absolutamente imposible hacer efectivo nuestro protectorado.

Si nuestro Gobierno vive y está atento a las conveniencias nacionales—yo creo que lo está—, es indudable que la posesión de Tánger a favor nuestro es un hecho próximo.

Ya ve usted lo que ocurre estos días. El periódico *Le Temps* viene diariamente justificando la actitud de

Italia al pretender, aprovechándose de las circunstancias actuales, reivindicar sus derechos históricos. Razonalo *Le Temps* por considerar que hoy todo está en litigio en Europa, estimando lícito y de perfecta oportunidad las reclamaciones y requerimientos que Italia hace a Austria.

Lo que para Italia se estima lícito, procedente y justo creo yo que puede ser también para España, a fin de que ésta realice las aspiraciones e ideales que encarnan actualmente en nosotros, con tanto mayor motivo cuanto que la justificación histórica y de conveniencia nacional no es tan remota como la que a España se refiere.

Royo Villanova.

Don Antonio Royo Villanova. He aquí un apellido respetable y respetado.

El ilustre catedrático y senador, es una gloria científica. Posee ideas, fórmulas, soluciones. Tiene una visión específica de todos los problemas, y llega a ellos con la confianza del cirujano y el entusiasmo del artífice.

Nos dice lo siguiente:

—Hace ya bastantes años, al hablar de Argelia, Lerevi Bau Lien, en su libro *La colonización de los pue-*

bos modernos, se lamentaba de que siendo Francia la que oficialmente colonizaba aquel territorio africano, la obra social y económica de poblarlo y trabajarlo era más bien fruto de italianos y de españoles. Y para juzgar esa situación, repetía los versos clásicos: *Sic vos non vobis...*

Yo estuve en Tánger hace algún tiempo, la primavera de 1908. Acababa de ocuparse por nuestra tropa sin disparar un tiro la Restringa y Cabo del Agua. Aquello produjo un excelente efecto en Tánger. Recientes los sucesos de Casablanca, el nombre español gozaba de prestigio y popularidad entre los moros. La colonia española era con mucho la más numerosa de las europeas, y entre todas las demás juntas no llegaban a la mitad de la nuestra. En todas partes se hablaba español. Los moros simpatizaban con nosotros. Aun sin entender a los que no hablaban nuestro idioma, era impresionante su parecido físico con nuestros amigos, con nuestros parientes de la península. Yo me sentía allí español, rodeado de españoles. Recuerdo que fuí a un cinematógrafo, y las muestras de ingenuo regocijo con que los moros recibían las películas cómicas eran las mismas, que exactamente exterioriza un público español en que predomina el elemento popular. Prescindo, pues por el momento de plantear problemas políticos, ni cuestiones internacionales. Lo que es evidente es que Tánger, sea cualquiera su régimen y su estatuto, es una ciudad espa-

ñola. Ha sido, por lo tanto, un acierto el del conde de Romanones, al hablar de Tánger. Aquella hermosa ciudad marroquí *tira* de España.

Los andaluces, los españoles van allí aun sin ser territorio nacional.

Y con la misma sinceridad he de decir que, así como se percibe en el Mediodía de España el deseo de adquirir Tánger, no se advierte una gran preocupación por reconquistar Gibraltar. Esto no lo razono, lo señalo simplemente como una realidad positiva.

No cabe duda de que Tánger, español, es una aspiración nacional. El que se haya extrañado de las declaraciones de Romanones, de Maura y de Melquiades Alvarez, es, sencillamente, porque no ha estado en Tánger.

¿Es un ideal realizable? ¿Quién lo duda? Basta con que Inglaterra y Francia sigan siendo amigas de España, y que los ingleses se den cuenta de que nuestro dominio en Tánger no garantiza menos que el régimen internacionalizado de la ciudad, los intereses británicos en el Mediterráneo.

Y así como es notorio que nuestra permanencia en Marruecos se debe principalmente a haberse hecho de los derechos de España condición o *modo* (jurídicamente hablando) de los Tratados anglofranceses sobre Africa, así también sólo la simpatía y la confianza de Inglaterra pueden procurarnos algún día el placer inmenso de ver ondear en Tánger la bandera española.

El señor Llorens.

Diputado a Cortés, dice:

—Siendo Tánger un constante foco de contrabando y de bandoleros, España necesita su posesión, entre otras razones, para alcanzar la tranquilidad de su zona; pero si se nos concede con las mismas limitaciones impuestas a las que poseemos en el Estrecho, seguramente lo que más conviene al país es que en Tánger no ondee la bandera española.

Tánger, con limitaciones para España, sería un pretexto de desórdenes y agitaciones que conviene evitar.

Sería tanto como tenerlo España en apariencia y no en realidad.

Nos obligaría a gastos cuantiosísimos, de los que nosotros no podríamos, seguramente, aprovecharnos.

Es como si yo regalase un caballo a un amigo para que él lo alimentara y lo cuidase... pero con la *única* condición de que sólo yo podría sacarlo a la calle, lucirlo y aprovecharme de las ventajas que le daría el exquisito cuidado con que le trataban.

Y precisamente este es el papel que hacemos en Marruecos. Somos los guardianes de una riqueza que no podemos tocar. Y se nos concedió ese papel a título de nación débil, porque sabía Inglaterra que con nosotros tenía sus intereses resguardados. Si a la Conferencia de Algeciras acude Portugal, es posible que a este Estado le hubieran encargado la misión que nosotros cumplimos tan a maravilla de todos.

Y, desde luego, toda esta actuación nuestra en Marruecos marcha a impulsos de la conveniencia de la política inglesa.

Es la conducta de siempre para con nosotros. Estúdiese la Historia de Inglaterra, que tiene estos momentos para España una gran significación.

Gibraltar lo testimonia claramente. Gibraltar fortificada, en manos inglesas, y Tánger, sin fortificar, en manos españolas, sería un disparate patriótico, cuyas consecuencias dolorosas habríamos de tocar en seguida.

Yo ya dejo de mencionar razones de patriotismo, de amor propio.., Son los intereses los que debemos estudiar.

Y una nación que desde el 1909 está gastándose en Marruecos 180 millones por año, lo que suma hasta la fecha 1.000 millones, debe mirar todas estas cuestiones con cierta desconfianza.

Al dar el paso, que se diera del todo. ¿Conviene Tánger? ¡Quién lo duda!

Ahora, si se nos ha de dar, será para que nosotros lo fartifiquemos, para que nosotros no le dejemos en el desamparo en que están nuestras costas, que carecen de defensas. Si se nos da Tánger, ha de ser sin limitación alguna.

De lo contrario, conviene más que cuando se nos hable de Tánger, pensemos...

El señor Santamaría de Paredes

Senador vitalicio.

Afirma:

—Yo ereo que no debemos estos días mencionar para nada el problema de Tánger.

No le cree de rápida solución por los intereses que arrastra tras de si.

Y estimo que si para España representa la españolización de Tánger el dominio absoluto de Marruecos, Tánger significa para Inglaterra y Francia una salvaguardia y una garantía que aunque deban y puedan dárnoslo, no supongo nos lo den sin ciertas condiciones o contratos que afiancen aquellos intereses o compensen esa pérdida territorial.

Para el momento que esos Tratados se celebren, convendría que el pueblo se fuese enterando.

El conde de Peñalver.

Senador vitalicio. Nos manifestó:

—Yo no tengo estudios hechos respecto a este punto; tengo, sí, una impresión del problema, y esa impresión pudiéramos adjetivarla de académica.

¿Recuerda usted qué dijo Maura, acerca de la neutralidad, que hay problemas que no son problemas? Pues bien, estamos con esto en el mismo caso.

Ocuparnos hoy de Tánger y de Gibraltar, es una honesta y linda manera de perder el tiempo.

Al terminar la guerra yo no creo que Tánger no será dado. Creo que quedarán las cosas muy enredadas, y España seguirá formando parte de las naciones débiles.

Estoy seguro de que el Gobierno Dato no se ocupará para nada de que nos sea dado Tánger... Ni mucho menos. Este Gobierno ha tomado, como yo, este problema a manera de un sueño que no importa el prolongarlo.

La cuestión de Tánger yo la juzgo de Ateneo, pura y únicamente académica.

Y conste que lo que le estoy manifestando no es una opinión improvisada; es que tengo la casi certeza de mi acierto.

El señor Mazarrasa.

Senador. Cree lo siguiente:

—Todo lo que obligue a remover la opinión pública, dormida o desfallecida ahora, es ya útil para nuestro pueblo. Si la esencia de su enunciado basta a que el público medite y reflexione, ese problema tiene ya un mérito que le convierte en una cuestión nacional.

Así ocurre como lo de Tánger. Sin haber llegado todavía a la conciencia de los de abajo, el problema de Tánger ocupa ya la atención de una gran masa del pueblo y de todos los políticos e intelectuales.

Yo creo en la fácil solución, en la solución armónica con nuestros intereses. Y no juzgo que la actitud de Francia y de Inglaterra, frente a nuestro anhelo, sea tan egoísta como se supone.

Ahora bien, la cuestión de Tánger ha de mirarse, para el día de la solución, con mucho recelo, con mucho tacto, con exquisita diplomacia. Y poniendo siempre la mirada en la dignidad de este pueblo, que hasta eso deja al cuidado de sus directores.

Mella.

El Sr. Vázquez de Mella, príncipe del habla, es de las figuras políticas españolas que menos se comunican con la nación. Lleno de ideas, de ciencia y de doctrina, podría ser el orientador de un pueblo y el definidor de los anhelos de clases, y se contenta con ser el verbo del tradicionalismo español. No le falta, sin embargo, celo de apóstol; ayudaríale mucho su palabra, que fluye a borbotones de sus labios, como de vena caudalosa, y ayudaríale también su abnegación, que el pueblo estima ya.

Y sin embargo...

La presencia del Sr. Mella interrumpe nuestro monólogo. Está disgustado. Parece contrariarle nuestra visita.

Nosotros, que somos afectivos con exceso, nos vamos contaminando. Hubiésemos querido, de pronto, empezar a correr o balbucear algún pretexto, alguna excusa que nos permitiese abandonar la casa.

Pero pensamos, al mismo tiempo, que quizá sea una vana sospecha la nuestra, puesto que se nos antoja que carece de razón o de fundamento. Y por eso comenzamos a darle cuenta de nuestro propósito.

—No me parece acertada su pregunta—nos va respondiendo.

Hasta que no se efectúe la liquidación de la guerra es inútil hablar de Tánger.

Le objetamos:

—¿No será conveniente que para entonces ya conozca el pueblo el pensar de aquellos que tienen obligación de pensar por él?

—Si no es eso—contesta.

Es que no debemos ni hablar de estas cosas, porque nadie puede imaginar cuál va a ser el fin de la guerra.

Continúa razonando el político insigne, y nosotros haciéndole ver nuestro disgusto, hasta que al fin, muy amable, rompe la esclusa que detiene al torrente y habla de la guerra europea.

Patentiza ante nosotros, una vez más, que nadie como él ha llegado a conocer la historia de naciones y de pueblos.

Se va acercando, en el calor de su oración hermosa, al objeto de nuestra visita.

—Que España ocupe la ciudad de Tánger. Esto viénesse diciendo todos los días. Pero hay que preguntarse: ¿Quién nos la dá? ¿Serán acaso todas las principales potencias signatarias del Acta de Algeciras?

—Francia e Inglaterra...

—No, tendrían que ser todas las *principales*.

—Todas las principales—repetimos nosotros.

—¿Y van a suspender la lucha interinamente sólo para eso?

Vamos creyendo que el Sr. Mella está plantándose en un terreno demasiado lógico.

Y la verdad, vale mucho el Sr. Mella para que nosotros intentemos disuadirle. No obstante, insistimos.

—Parece que es cosa convenida el que Francia e Inglaterra sean las que nos hagan la concesión.

—Pero, ¿y quién le concede a ellas esa facultad?

A nuestra vez, preguntamos:

—¿No es la Conferencia de Algeciras el *statu quo* del Mediterráneo?...

—Eso es lo peor—replica—. Nuestros intereses geográficos no son armónicos con los de Francia e Inglaterra. Tengo dicho muchas veces que los considero de una oposición irreductible.

Francia está en Túnez, en Argel, en Marruecos. ¿Puede usted afirmar que Francia no domina en el Norte de Africa? Inglaterra nos humilla en Gibraltar. ¿Entonces?

El *statu quo* del Mediterráneo—sigue diciendo—es contrario a nuestros intereses, y ya he escrito que está condenado por nuestra geografía y por nuestra historia.

Yo no puedo decirle más—termina—. Toda la polí-

tica interior española depende de la exterior, y la exterior depende, a su vez, de la liquidación de la guerra.

—Pero en este punto concreto de Tánger...

—Hasta la liquidación de la guerra nadie puede hacer donaciones, porque nadie sabe cuál es su patrimonio, ni si lo tendrá siquiera.

La conversación que habíamos sostenido con el señor Mella fué como una lección de Derecho internacional. Hubiésemos querido que no se interrumpiese, por no dejar de escuchar su sintaxis amplia, flexible y castiza. Hubo momentos que llegó a encantarnos.

Pero en lo otro, en lo otro y en lo otro, el Sr. Mella defraudó completamente nuestras esperanzas.

El conde de Rodezno.

Inteligente diputado el señor conde de Rodezno, dice:

—Mi opinión es muy favorable. Yo creo que no debemos pensar en lo de Tánger, hasta que éste no nos pertenezca.

España ganaría mucho, muchísimo, y ahora es la ocasión mejor para lograr nuestro anhelo.

No juzgo oportuno el que insistamos acerca de este punto. No hay que precipitar los acontecimientos, porque quizá fuera esto peor.

Nuestra actitud ha de ser de calma, porque un mal paso podría ahora perjudicarnos.

La misión, toda, le está encomendada al Gobierno. El es quien debe procurarlo y atar los cabos necesarios para que, al terminar la guerra, se nos dé Tánger.

Pero esta gestión ha de ser muy amistosa.

El Sr. X.

Se oyen sin cesar ruidos secos, producidos con rapidez.

No son golpes de martillo, a juzgar por la suavidad con que son dados. A veces una voz que va diciendo: 39... 44... 62...

El criado, que nos dice:

—Pase usted al despacho. Sí que está el señor.

Cruzamos un pasillo, y al atravesar por una habitación percibimos más claramente esos golpes. Entonces preguntamos al criado:

—¿Qué es eso?

Sonríe levemente el doméstico y nos dice:

—El señor está jugando al billar.

Cesan los golpes, y una vez en el despacho encontramos ante nosotros la figura cansada y deshecha del señor X.

Una de sus manos busca la nuestra. La otra mano suya está sujetando un taco brillante y limpio.

Permanecemos de pie un momento. Maquinalmente busco silla, que precisamente tengo al lado.

—Sí, sientese un ratito—nos dice impaciente.

Y nosotros, respondemos:

—No, queremos hablar con usted largamente.

Y le exponemos nuestro objeto.

—¡Ah!—responde.—Yo no puedo hablar, créame, yo no puedo hablar.

Por asociación, quizá, de sentimientos, nos parece advertir en el Sr. X. una mayor afonía que la de costumbre, una mayor ronquera.

—Con lo de Tánger—añade—parece como que estamos metidos en *troneras*.

Nosotros no hemos entendido su frase. Pero callamos. a fin de escucharle mejor.

—El acto de ocuparnos de Tánger significa tanto como hacer una *villa*.

Seguimos no entendiendo. Y seguimos callando.

—Dentro de unos días, de diez o doce, hablaré para el público en un pantano, adonde saldré con este fin.

Me ocuparé de todos los problemas actuales, y haré declaraciones sensacionales.

El taco, que agarrota los dedos del ex ministro liberal, se mece dulcemente, acompasadamente.

—Y mire usted; si yo ahora me dejo entrevistar por usted, quitaré indirectamente importancia a ese acto. Haría lo que nosotros llamamos una *pifia*.

Quedamos un instante suspensos, Recordamos que

nosotros no hemos empleado jamás ese calificativo, y nos preguntamos entonces: ¿Quiénes son esos nosotros?

Pero el Sr. X continúa hablando.

—Hay que ir a la solución de ese problema por un camino muy cultivado, libre de atajos. A eso lo podríamos decir *tirar por tabla*.

Pero, señor, ¿qué lenguaje es este? nos estamos preguntando sin cesar.

—Todo el mundo se cree con derecho a hablar de este problema, y no deja de haber algún *chambón* que ve en este asunto un *mingo*, con el que cualquiera tiene derecho a jugar.

Y hemos de apuntar, ferreamente, con intensidad y no con *tiza*, para que no tan fácilmente se borre, que el problema de Tanger está rodeado de gravedades y contratiempos difíciles de vencer.

Pero usted me dispensará. Yo no hablo más. Ya le dije que en breve...

Se pone en pie y nos da la mano.

Nosotros seguimos asombrados, y por esto no oponemos resistencia ni insistimos.

Antes de salir del despacho observamos cómo el señor X marcha precipitadamente en dirección opuesta, haciendo balancear levemente el taco.

En la escalera nos quedamos un momento meditando. Y nos decimos: ¿Qué lenguaje es ese que acabamos de escuchar?

Los golpes secos vuelven a producirse. Rápidamente, febrilmente. ¡Tás! ¡Tás!... sin cesar.

¡Todo quedó explicado!

Y usted, lector, habrá adivinado quien es el Sr. X.
¡Es bien fácil!

El almirante Concas.

Cuando entramos en el despacho de su casa, el general Concas está discutiendo amistosamente con un individuo:

—Sí, yo escribí al señor X y al señor Z. Estoy seguro, pero ahora lo estaré más.

Toma un libro grande que está lleno de notas, y va diciendo:

—Al señor X le escribí el día 6 y al señor Z el 8; y me contestaron los dos, el día... el día... 10. Está aquí apuntado,

Ya esos detalles nos llamaron la atención. No estábamos acostumbrados a tanta escrupulosidad.

Después hace el Sr. Concas las presentaciones, y del reporter, dice que es un enemigo de la Humanidad... Nosotros callamos. ¡Son cosas del oficio!

Salen ambos fuera, y entretanto el reporter va observando cuanto de notable encierra el despacho. Al pronto creemos recibir la impresión de que estamos a

bordo de un gran trasatlántico, en la sala del capitán. Por el balcón entreabierto llegan ráfagas de aire que contribuyen a dar a nuestros sentidos esa sensación. Un orden, una simetría, admirables. Una claridad simpática sobre los muebles brillantes, sobre los metales bruñidos, sobre las paredes blancas.

Y el Sr. Concas, que ya ha regresado, comienza a excusarse, por modestia, por una modestia que nosotros no encontramos justificada.

Conseguimos vencer su escrúpulo, y nos va diciendo:

—Hablar de Tánger yo no creo que nos produzca grande y positivo resultado.

—¿Acaso usted es enemigo de esa españolización? le preguntamos alarmados.

—No es eso. Si Inglaterra quiere, Tánger es nuestro; si Inglaterra se niega, ¿a qué continuar ocupándonos de esto?

—¿No cabe—preguntamos a nuestra vez—el obligar a Inglaterra a hacer esa cesión, presentándole el juicio unánime de todo un pueblo, que estaría dispuesto a cualquier sacrificio?

—Creo que no. La conducta de Inglaterra con nosotros no ha sido perjudicial a los intereses de España.

¿Por quién conservamos nosotros todo el Norte de Africa? Es decir, ¿debido a qué influencia se nos dió esa zona tan inmensa de Marruecos? Por Inglaterra.

Esta nación no quiso, desde un principio, que en esos territorios ondease la bandera francesa. Confió más en nosotros y de ahí su interés extraordinario en asignarnos toda esa línea de terreno sobre la cual ejercemos nuestro protectorado.

Nos permitimos hacer algunas advertencias al ilustre general, quien responde:

—Ese Tratado francoalemán fué perjudicial enormemente para nosotros. Desde entonces, desde que se firmó el mencionado Tratado, España apenas tiene influencia en Marruecos.

Creemos oportuno volver sobre el tema, y preguntamos.

—¿Conviene, a su juicio, el que Tánger llegue a ser español?

—¡Es claro! Sólo por evitar el foco de contrabando que allí existe...

Pero mire usted, yo estimo que no conviene insistir mucho sobre esto. Recuerde usted cuando en España se formó un estado de opinión acerca de Gibraltar...

Fué tiempo perdido, lastimosamente perdido. Si Inglaterra se obceca en no darnos Tánger, también habremos disparado al aire.

Interrumpimos:

—Pero las circunstancias no son las mismas.

—Las mismas.

—Pero...

—Sí, sí; las mismas. No han variado.

Quedamos un rato silenciosos.

Añade luego:

—Además, caso de que Inglaterra viniese a un acuerdo con nosotros sería a cambio de ciertas concesiones.

—¿Se refiere esto a las compensaciones morales?

—!Ríase usted de morales! No supongo yo que Inglaterra acceda a desprenderse así como así de una plaza que tanta importancia tiene.

Es decir, la importancia es muy circunstancial; se la está dando Inglaterra, se la estamos dando nosotros.

Creemos del caso intervenir, para abrir un interrogante.

—Si formamos una opinión, ¿no cree usted que al término de la guerra?...

—Esa opinión tendría que ir en contra de Inglaterra. Y por esto no nos conviene esa táctica.

Yo juzgo que al fin de la guerra los vencedores serán los aliados. Indiscutiblemente. El tiempo les está dando el triunfo; el tiempo, ese factor con el que Inglaterra contó desde un principio, y que Alemania desdeñó.

El almirante Concas es una verdadera autoridad militar y científica. Nosotros fuimos buscando en él al técnico que supiese centrar el problema en las necesidades patrias.

¿Llegó a satisfacer nuestro propósito? A nosotros

nos está vedado el examen y la crítica; es esta tarea propia del lector.

Sí debemos anotar que el general Concas habló largo rato de la guerra, muy extensamente.

—Esto que le digo, lo afirma también el escritor A... ¿No conoce usted su obra? Tome, léala. Le será útil.

Esto otro que estoy manifestándole, asimismo lo expresa el publicista H... Mire, la obra es esta. Llévesela también a su casa, ganará usted leyéndola.

Y así iba poniendo sobre nuestras manos libros y revistas que llegaron a formar pirámide.

Luego insinúa:

—Yo no sé de dónde ha salido esto de Tánger.

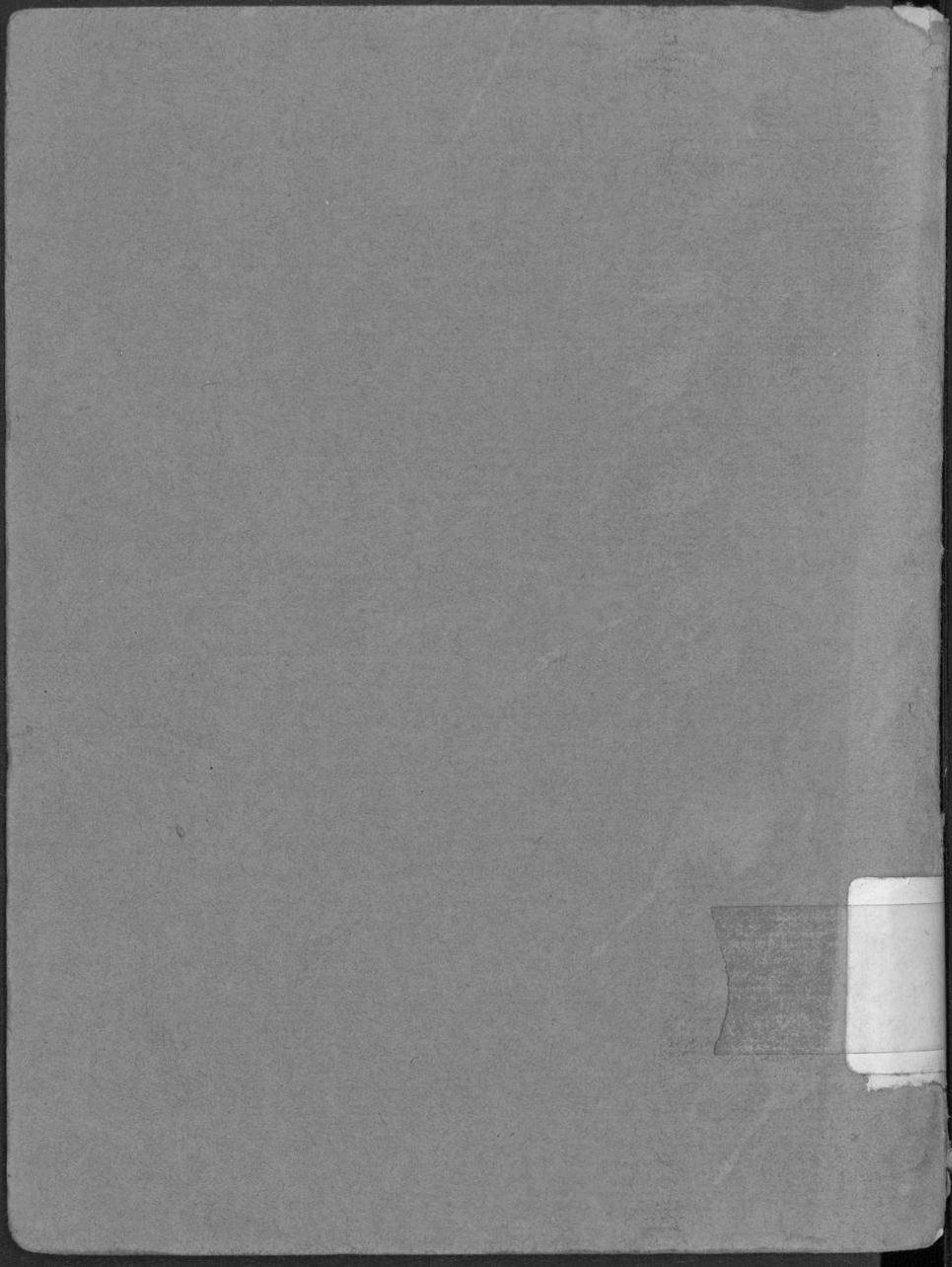
—Del estudio de nuestros intereses, que están siempre a merced de todo, le contestamos.

—No; este movimiento lo ha preparado alguien.

ÍNDICE

| | <u>Páginas</u> |
|-----------------------------------|----------------|
| PRÓLOGO. | 7 |
| El Sr. Labra. | 9 |
| El Obispo de Sión. | 13 |
| Ruiz Jiménez. | 18 |
| Barroso. | 22 |
| Don Santiago Alba. | 26 |
| Rodríguez San Pedro. | 31 |
| Calbetón. | 36 |
| Un nombre que ocultamos | 40 |
| Romanones | 46 |
| Villanueva. | 51 |
| Maestre. | 57 |
| Allendesalazar. | 63 |
| Sánchez de Toca. | 68 |
| El ministro de Estado. | 73 |
| Rodríguez de la Borbolla. | 76 |
| Navarro Reverter | 78 |
| Belaunde. | 78 |
| Vincentí. | 79 |
| Gadea. | 79 |
| Alcaraz. | 80 |
| Barriobero. | 80 |
| Bergamín. | 80 |

| | |
|-----------------------------------------|-----|
| Argente. | 81 |
| Conde de San Luis. | 85 |
| Angel Guerra. | 85 |
| Marqués de González. | 86 |
| Urzaiz. | 86 |
| Bivona | 88 |
| Vadillo | 88 |
| Muga | 89 |
| G. Pardo. | 89 |
| Castro Artacho. | 90 |
| Junoy | 91 |
| Cantos. | 92 |
| Carracido. | 92 |
| García Moreno. | 93 |
| Jimeno. | 94 |
| La Cierva. | 94 |
| Morote. | 95 |
| Martín Rosales | 95 |
| Marqués de Pilares. | 96 |
| Besada. | 99 |
| Conde y Luque. | 100 |
| Raboso. | 101 |
| Canals. | 101 |
| Benitez de Lugo. | 104 |
| Royo Villanova. | 105 |
| El señor Llorens. | 108 |
| El señor Santamaría de Paredes. | 110 |
| El conde de Peñalver. | 111 |
| El señor Mazarrasa. | 112 |
| Mella. | 113 |
| El conde de Rodezno. | 117 |
| El Sr. X. | 118 |
| El almirante Concas. | 122 |



Antonic
Cafes

ES

TANGER,
MIGRADA
ACIONAL

327
CAS

PRECIO:
; ptas